Bancés Candamo, Francusco A.
La xarretierra de
Inglaterra



COMEDIA FAMOSA.

LA XARRETIERRA DE INGLATERRA.

DE DON FRANCISCO BANCES CANDAMO.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Eduardo, Rey de Inglaterra.
Enrique de Mongomerri.
El Duque Norflorcia.
Ricardo, Galan.
Juana, Condesa de Salisburch.
Milardi Enriqueta, Dama.
Fenisa, Criada.
Nise, Criada.
Morgan, Criado.
Zerbin.
Musica.
Acompañamiento.

JORNADA PRIMERA.

Dentro Musica.

AL triunfo de Eduardo,
el Tamesis aneguen,
á vagas poblaciones,
gondolas y xabeques,
rompiendole la tez á las espumas
los clarines, que musicos gorgeen.

Dentro tocan clarines.

Dent. Juan. Llega á tierra, que hácia aqui
del Rey la batida viene.
Dent. Mil. Tomemos todas venablos,
siguiendo confusamente
el estruendo de la caza.
Uno. Al llano el bruto desciende.
Dent. Rey. Seguidle hácia la ribera.
Tod. Al llano.
Dent Juan. Cielos, valedme.

Van las Damas con venablos y plumas atravesando el tablado como en fuga.

Fen. Mas á mano estan mis plantas,
á ellas mi temor apele. *Vase.*
Nis. Si yo en mi miedo cupiera,
en él pudiera esconderme. *Vase.*
Mil. Un monte mueve la planta
en cada paso que mueve. *Vase.*
Dent. Juan. No hay quien me socorra?
Dent. Enr. Bruto,
la furia veloz suspende,
pues ya la vida derramas
en roxa espuma que viertes.
Dent. Rey. Monteros, acudid todos,
que alli voces de mugeres
suenan.

Sale Juana de monte, con venablo y plumas, huyendo, ella, y todas á la Inglesa.

Juan. Ay de mi! que en vano,
aun para quejarse, quiere
el pecho alentar, si el susto
acentos y pasos prende,
y tanto, aun para las voces
el aliento se entorpece,
que entre los labios del pasmo
se me ha cuajado el ambiente.

Sale Enrique de cazador con venablo.

Enr. Suspende, prodigio hermoso,
la planta, de cuya breve
huella, la estampa en un solo
jazmin, que brota, se pierde;
y alienta, que ya el cerdoso
bruto, que aljaba viviente
volantes flechas sacude
del rizo aqueado copete,
su vida vertió á las flores,
á quien tu peligro tiene
del susto palidas, hasta
que á su purpura enroxecen;
pues regadas con su sangre,
florecerá alli su muerte.
Juan. Quien sino tu, Enrique mio,
tan veloz á socorrerme
llegára? Y quien sino tu

pudiera hacer, que perdiese
el merito de elegirte
al destino de no verte?
Enr. Ay mi bien! esa memoria
guarda para defenderme
con ella de mi discurso,
viendo que á tus ojos vuelve
victorioso el Rey; y viendo,
quando sus ansias corteses
le acreditan de tu amante.
Juan. Si ves mi desden, qué temes?
Enr. Que esquiveces apuradas
dexan de ser esquiveces,
pues poderosas porfias,
hasta quando cansan, vencen.
Juan. Gente en mi socorro acude,
y aunque no importa que viesen,
que en tal peligro me hablabas,
habiendo logrado siempre
tan oculto nuestro amor,
que entre mil inconvenientes,
no solo no hay quien lo sepa,
pero ni aun quien lo sospeche;
desmayada he de fingirme
en tus brazos, ya me tienes
Cae en sus brazos.
en ellos, esta mentira
tantas verdades te premie.
Enr. Qué hicieran, prenda adorada,
en mi cuello reverente
tus verdades, si aun asi
tus mentiras favorecen!
Salen el Rey, el Duque y Ricarte, todos de Ingleses galanes con plumas y venablos.
Duq. Hácia aqui fue: mas qué miro!
Rey. Hácia aqui: Mas, cielos, este
prodigio, no solo el paso,
pero aun la vista detiene,
divorciandome el asombro
lo movil de lo viviente!
Dent. Mil. Volved todas, pues ya acude
á nuestro socorro gente,
y el dexarla, ya que asi
no se disculpe, se emiende.
Salen las Damas y Morgan.
Fen. Aqui está, y bien asistida,
no hayas miedo que viniesen
tan prontos á mi socorro.
Morg. Esto es querer, que se afrente
mi valor con su temor,
quando mi acero acomete:
Mas valgame Dios! el Rey.
Fen. Mas á mi fuga se debe,
que á su amor.
Rey. Qué es esto, Enrique?
Enr. Señor, grosero accidente,
aprecio de una desgracia,
á hacerme feliz se atreve,
tan gran costa á la fortuna
las dichas de un triste tienen.
Mil. Desmayada al susto yace.
Prima. *Juan.* Ay de mi!
Rey. Ya amanecen
dos noches en sus dos ojos,
y en sus mexillas enciende
la sangre otra vez las rosas,
que el susto apagaba en nieve;
mal aguero es de mi entrada.
Duq. Ay de quien todo lo siente!
para otro vive, si vive,
para mi muere, si muere.
Juan. Donde, cielos, estoy!
Rey. Donde
á tu vista convalece
en todos, Condesa hermosa,
el alma, puesto que al verte,
ni bien muerta, ni bien viva,
en nosotros se detiene
la vida, como confusa,
mas que dudosa, pendiente
entre el susto con que alientas,
y el temor con que enmudeces.
Juan. Vuestra Magestad, señor,
yo, sí. *Rey.* Aun turbada parece
mas bella hermosura: como
tu imperio evitar se puede,
si hasta los mismos peligros
son de tu peligro afeyte?
Juan. Glorioso Rey Eduardo
de Inglaterra, en cuyos breves
jovenes años, las altas
esperanzas de tus gentes,
madrugando el tiempo, aun mas
fructifican, que florecen;
pues tus primeras hazañas
han sido tan eminentes,
que á la fama, y la memoria
no les dexan ya que esperen,
y tus prendas de excesivas
desde que nacen no crecen.
En esa hermosa alquería,

cu-

cuyas torres desparecen
las piramidales puntas
de sus altos chapiteles,
en las agujas de tanto
cipres como las guarnece,
y mas que guarnece asombra;
pues siendo fantasmas verdes,
de sombras de gualdas visten
negro verdor sus cipreses.
En esa hermosa alquería,
que sediento de las fuentes,
y ambicioso de las flores,
que bordando sus ribetes,
transforman en aguas de ambar
sus bulliciosas corrientes,
en lugar de retratarla,
el Tamesis se la bebe:
el general Parlamento
el hospedage os previene
donde esteis, en tanto que
perfectas en Londres queden
las prevenciones del triunfo,
con que recibiros quiere,
quando volveis victorioso
de tantas armadas huestes,
como el Rey David de Escocia
por nuestras campañas tiende,
por nuestras cumbres derrama,
á cuyo peso eminente
todos los montes se exprimen,
y de su impulso proceden
los minerales, que brotan,
los manantiales, que vierten.
Mi prima Enriqueta y yo,
ocupabamos la fertil
vaga poblacion frondosa
de sus confusos vergeles,
esta primavera, donde
Enrique, cuyos pinceles,
tanto á la naturaleza,
en lo que imitan exceden,
que parece, que á los dos
producen lo que les mienten,
pintaba una galería,
cuya historia, á sus paredes,
en coloridos idiomas,
voz para los ojos diese.
Viendo, pues, que en este bosque
la inclinacion os detiene
de la caza, como son
las cortes tan impacientes
con la pereza, en aquella
noble ansia de ver sus Reyes,
se despuebla Londres toda,
porque el Tamesis se pueble
de nadantes galerías,
en gondolas y xabeques,
que al ayre sobre las velas
errantes pensiles texen,
de quien fueron los matices
tendales y gallardetes.
En ellos todas las damas
la undosa tez transparente
del rio rompen, y bordan
de blancas espumas leves,
ó ya la quilla las rige,
ó ya el ayre las encrespe:
de musicas y clarines
se pueblan acordemente
los ayres, haciendo, quando
écos con écos se encuentren,
que hiriendo como impelidos,
halaguen como cadentes.
Mi prima y yo, en quien á nadie
la lealtad nativa cede,
en una gondola entramos,
tan ascua de oro, que temen
aun los cristales del rio
á sus luces encenderse,
segun herida su popa
á tanto reflexo ardiente,
quanto al sol concibe en visos,
al agua en incendios vuelve.
De vuestros monteros vimos
baxar confusos tropeles
por la ribera, y creyendo
que con ellos estuvieses,
terciando todas venablos,
cuyos acerados temples,
aun mas el temor adornan,
que el animo fortalecen;
salimos á tierra, quando
de aquel ribazo desciende,
como que precipitados
tras sí los montes traxese
en los hombros que le acosan,
y en los canes que le muerden,
un espin tan erizado,
que su giro le defiende
cerrado esquadron de picas
y saetas, con que suele
dar muerte, quando sus puas,

á quantos se le opusieren,
ó ya vibradas en ristre,
ó ya disparadas fleche.
Sediento y herido al agua
iba, y yo pasmada al verle,
di primero voces, luego,
ni aun de ellas pude valerme,
y enmudecí, porque el susto
hizo, que á un yelo rebelde,
aun el aliento cuajado,
la espiracion estreche,
y en nudo de bulto acabe,
por mas que en suspiro empiece,
huye al corazon la sangre,
vistiendo de palideces
el miedo en el rostro, y tanto
la turbacion en mi crece,
que hizo, que aun para la fuga
las plantas se me congelen,
prendiendome el paso, con que
haciendo, que el riesgo espere,
el no resolverme á huirle,
pareció, que era atreverme
á esperarle cara á cara:
ó quantas, ó quantas veces
del cobarde ha parecido
la irresolucion valiente!
Todas me dexaron, quando
llegó Enrique diligente,
llamado de mi peligro,
y bien, que el bruto esgrimiese,
ya de su greña las puntas,
y ya el marfil de sus dientes,
escupió en sangre la vida,
sonando el viento á los fuertes
impulsos de su venablo;
porque al furor que le impele,
aun antes el viento gima,
que el bruto herido se queje.
Acudióme luego, quando
al pavor, que me estremece,
haciendo, que aun con la planta
el aliento titubee,
socorriendo al corazon,
los sentidos desfallecen
en un desmayo, de quien
cobrada llego á ofrecerme
á tus plantas, desde donde
con festivos parabienes
de su victoria, en tus manos
mi lealtad rendida selle.

Rey. Alzad del suelo, divino
prodigio, que está indecente
á mis plantas tu hermosura,
por mucho que ella me eleve,
hasta donde á humanos ojos
la altura me desvanece.
Mal hubiese, amen, la caza,
y mal el afan hubiese,
que en el ignorado acaso,
á su costa me divierte;
pues robó el susto á los ojos,
en sus labios y en su frente,
los ampos á los jazmines,
la purpura á los claveles.
No mas caza, no mas monte,
Arroja el venablo.
y nadie á mi vista quede
con las venatorias armas,
que su peligro me acuerden;
pues fuerza es que mi amor tanto
el susto le represente,
que siempre que se repite,
rezelaré que sucede.
No en vano, Enrique, en mi agrado
tanta estimacion adquieres;
no en vano tu habilidad
peregrina pudo hacerte
Pintor de Cámara mio,
por mas que extrangero eres
en mis dominios; no en vano
mi inclinacion mudamente
me avisó, que tu valor
se reservó para hacerme
tan gran servicio; porque
naturaleza prudente
á gran fin en un sugeto
sus altos dones previene.
Toma esta joya, no tanto
por imaginar, que premien
tantos luminados astros,
como su esfera guarnecen,
tu accion, como porque viendo
quanto ella á mi premio excede,
que es superior tu hidalguia
á mi grandeza confiese.

Enr. Señor, que sea forzoso,
que á fuerza de poder ferie
mis finezas, permitid,
que lo escuse; pues no puede
ser acreedor vuestro aquel,
que executa lo que debe.

Qual-

Qualquiera que allí se hallára,
era forzoso que hiciese
lo mismo; el llegar mas presto
no es hazaña, sino suerte,
y de una fortuna bien
premiado está el que la tiene.
Rey. Tomad, y no repliqueis,
que compite con los Reyes
quien sus favores no admite;
y en cierto modo los vence,
quanto va de que dé el rico,
á que el que no lo es desprecie.
Dale una joya.
Enr. Vivais dilatados siglos.
Morg. Hombre, toma, y no aconsejes,
que el primero que inventó,
que los Principes de allende
solo con palabras paguen,
es digno de que le quemen.
Enr. Por qué? *Mor.* Porque este introduxo
moneda falsa, si advierte,
que palabras de señores,
con ser moneda corriente,
tienen poca ley; pero hoy
ninguna mas liga tiene.
Juan. Ya que vos, por ser en fin
magnanimo, solamente
os mostrais agradecido,
no extrañareis que se muestre
deudora la interesada
(ocasion es de que temple
con este favor los zelos)
que en dones el Rey envuelve.
Enrique, esta joya mia
(el decir mia, os empeñe
á no escusarla) esta joya
mi afecto es bien que os entregue,
no en premio, sino en señal,
que mi gratitud ostente,
pues quien empieza á pagar
parece que ya agradece.
Dale otra joya.
Enr. Porque vuestra mano:- *Duq.* Enrique
esta joya, ya me entiendes,
esposo he de ser de Juana,
cortés y discreto eres. *Al pasar.*
Enr. Esto solo me faltaba. *ap.*
Mil. En vano tu fe resuelves
tomar prenda de otra dama,
que no sea para ofrecerme
á mi. *Enr.* O tro escollo? *Juan.* Tomad.
Enr. Porque vuestra mano dexe
premiado, aun mas el deseo
de mis rendimientos fieles,
que la accion, la tomo en fe
de que en su valor se infiere,
que quien os queda deudor,
tambien obligado os quede:
por vuestra tomo la joya,
y porque ocasion me ofrece
de competir de un Monarca
heroycas explendideces,
sin que ofenda el competirle.
Rey. De qué suerte? *Enr.* Desta suerte.
Esta joya, gran señor,
en pago á daros se atreve
mi amor, de la que me disteis,
ved como rehusar puede
vuestra grandeza el tomarla,
ni quien dirá, que no vence
mi dadiva á vuestro dón,
sin que vuestras altiveces,
de que yo os pague una joya
puedan, señor, ofenderse.
Rey. Solo tu cortesanía
pudo hacer al excederme,
obligarme astro brillante,
cuyos carbunclos ardientes,
sin duda de sus dos ojos
diafanos rayos aprenden,
desde hoy vendrás á influirme:
Vos, señora, pues me tienen
vuestro galan declarado
las libertades corteses
de nuestra Nacion; en donde
nos permiten los desdenes
de las mas ilustres damas,
que en saraos y banquetes,
en paseos y asambleas,
nuestro afecto las corteje,
sin que el melindre al recato
los escrupulos afecte,
pues nunca lo cariñoso
olvida lo reverente.
Permitid, que de galan
cumpla con todas las leyes:
pues un joven, Rey marcial,
cuyo espiritu se enciende
en las militares glorias,
que le dan tantos laureles,
no está ayroso sin amor,
que las empresas fomente;

y asi tomad mis carrozas,
porque volvais brevemente
á la quinta á repararos
del susto, en tanto que llegue
yo á ceñir de un bruto ayroso
el furor en los borrenes,
porque por el viento unido
á vuestro estribo me lleve.
Dame un caballo: Ay, amor! *ap.*
quando juzgué, que supiesen
los ayres de la campaña
este ardor desvanecerme,
á sus ojos mas vencido,
despues que vencí me vuelve. *Vase.*
Duq. La joya dió al Rey: Amor, *ap.*
dexa los zelos crueles,
que entre las cortesanias
del Rey me has hecho que encuentre,
y desde el discurso al alma
son ensortijadas sierpes. *Vase.*
Juan. Qué una joya de su dama, *ap.*
al Rey, Enrique le diese!
sin mi estoy! *Morg.* Qué mi amor sabe
su poquito de alcahuete,
dando la joya! En fin, no hay
ninguno que no se ingenie;
pues ellos llaman amigos
á los que este oficio exercen,
sin que haya de estos á estotros
cosa que los diferencie,
sino el mal nombre, que sirve
de infamar á los pobretes.
Nis. Morgan de mi alma, un recado
tengo para ti, si puedes,
escaparte de él. *Morg.* Sí haré.
Mil. Porque en otro coche entre,
donde llegar puede Enrique,
bien será, que á ellos me acerque
antes que llegue mi prima. *Vase.*
Juan. No creí, que vos hicieseis
(mucho será, que delante *ap.*
de Fenisa no rebiente
mi enojo, mas de la cifra
me valdré, si se ofreciere
cosa oculta) no creyera,
que el desdoro en vos cupiese,
de dar prenda, que yo os dí,
con accion tan indecente,
como darsela á mi vista.
Enr. Ni yo creí, que tuvieseis
en eso mas que reñirme,
señora, que agradecerme.
Juan. Yo agradeceroslo? *Enr.* Sí,
porque bien claro se infiere,
que si me quiso pagar
el que yo la vida os diese
con una joya, que airado
me obliga al poder que acepte,
y hacer á tan poco precio
mi fineza suya quiere;
quien á costa de otra joya,
bien que joya vuestra fuese,
la rescata, da á entender,
que en ningun precio la vende:
y asi, señora, por mas
que vuestro ceño se altere,
quedeme á mi la fineza,
y la joya al Rey le quede.
Juan. No es mas que una prenda mia
vuestra traicion enagene,
que no, que el Rey de pagar
vuestra fineza me alegue
la fineza? *Enr.* No, señora;
porque si mayor se advierte,
es una alhaja la joya,
que aunque por prenda se tiene,
mas de dadiva en su precio,
que no de favor envuelve,
y no importa tanto, que él
una dadiva conserve
vuestra, como una fineza,
que á vuestros ojos hiciese,
y pues la joya la paga,
nada el cariño le debe.
Fen. Ya tengo que sepa el Rey.
Morg. Ya tengo cosa que cuente
á Enriqueta; pues de mi amo,
por mis ciertos intereses,
espia á latere soy,
de quanto habláre y dixere.
Juan. Mucho se declaró en esto: *ap.*
solo mi decoro siente,
que al Rey le dieseis mi prenda,
y no en ser vos quien la diese;
porque, qué me importa á mi,
que vos seais lo que fuereis?
Ay de mi! que iba á decir *ap.*
ingrato, falso y aleve.
Sale Ric. El Rey, señora, os aguarda.
Fen. Ricardo. *Ric.* Di.
Fen. Luego verme
puedes. *Ric.* Sí haré.

Fen.

Fen. Pues lo pagan,
parlaré quanto supiere,
y aun de quanto imagináre
le bordaré su ribete.
Juan. Vamos, y en honor del Rey,
á quien el orbe se estreche
á ser en su redondez
digno circulo á sus sienes,
otra vez en los cristales
los dulces coros alternen.
Vanse, y quedan Enrique y Morgan.
Mus. Al triunfo de Eduardo, &c.
Enr. Astros bellos. *Morg.* Soliloquio:
Yo escapo como un cohete,
en tanto, que en sus ideas
extatico se divierte,
á parlar quanto aqui he visto:
ya ha hallado mi caletre,
de Enriqueta en los oidos,
para que mas me recree,
la piedra filosofal,
ignorada tantas veces;
pues las palabras de estotro
ella en plata me convierte. *Vase.*
Enr. Astros bellos.
Sale Zerb. Solo á fin
de verte esperé encubierto
á que dexasen desierto
todo este monte. *Enr.* Zerbin?
á mis brazos bien venido
seais. *Zerb.* Requiebros á mi?
No pararé mas aqui.
Enr. Por qué? *Zerb.* Porque he colegido
que me espera gran trabajo,
pues mi lealtad sufrirá
el gran chasco que traerá
á las ancas tu agasajo;
que quando se llega á ver,
que trate con mucho amor
á un criado su señor,
es porque le ha menester.
Enr. Siempre de humor has de estar?
Zerb. Desde que las afufaste,
y de Escocia te ausentaste,
no me quedó que gastar
otra cosa, y pues llamado
vengo, y cartas recibí,
quando ignoraban de ti
todos: qué punto has tomado?
qué fortunas has corrido?
di, á donde estás di, á qué fin
necesitas de Zerbin?
ó á qué efecto soy venido?
Enr. Desde que quiso mi suerte
darme, con injusta ley,
por mi enemigo á mi Rey,
por una tragica muerte,
que disculpar quise en vano;
por ser en un lance, donde
enojé tambien al Conde
de Mongomerri, mi hermano.
De un Monarca perseguido,
y de un destino ultrajado,
de deudos desamparado,
de patria destituido,
me ví obligado á la ausencia,
haciendo en mi adversidad
norte la casualidad,
destino la contingencia;
que á Inglaterra me conduxo,
donde me suspendió el paso,
porque fue quizá este acaso
consultado con mi influxo.
Ya sabes quanto en mi edad
primera el arte exercí
de Pintor, donde adquirí
tal grado de habilidad,
que por sí sola se hacia
ella estimar de manera,
que para ser la primera,
no hubo menester ser mia.
Aqui, pues, con ocasion
de hacer en su corte asiento,
lo que fue divertimiento
antes, hice profesion;
y en tan noble habilidad,
con que he adquirido riqueza,
desnudo de la grandeza,
hago inmensa vanidad
de ser honrado por mi,
sin que nada haya heredado;
pues para estar estimado
me sobra lo que nací.
Pintor de Camara he sido
del Rey, y por el primor
de mis lineas, á este honor
entre todos escogido.
No pienses, que exercitára
mi generoso ardimiento
este puesto tan contento,
si amor no me disculpára,
haciendo al mas alto honor

los exercicios capaces
(que ennoblecen los disfraces
los disimulos de amor.)
La hija del Senescal,
que en Escocia Embaxador
fue, y el milagro mayor,
prodigio mas celestial;
pues amor, porque despojos
suyos los mortales vea
quanto aun no cupo en la idea,
supo abreviar en los ojos.
Un dia en Escocia, yendo
de nuestra quinta al jardin,
á un prevenido festin,
por ir los coches corriendo,
el cochero, que en enojos
á los demas atropella,
volcandole el coche á ella,
les quebró á todos los ojos.
Llegué al socorro primero,
uniendo en el trance esquivo,
ternezas de compasivo,
á leyes de caballero,
donde rompiendo embarazos,
entre horror y confusion,
del riesgo la precision
hizo corteses los brazos,
que de puerto la sirvieron
en el golfo de sus llantos
(ó quantos dichosos, quantos
riesgos de damas hicieron!)
porque quando mas sañudo,
el desden en ellas crece,
la desgracia favorece
á quien la suerte no pudo.
A la quinta la llevé,
donde cortés la asistí,
en el riesgo la serví,
del susto la reparé.
Aun sin llegarme á inclinar,
pues tan niña era á mi ver,
que entonces fue amanecer,
lo que ahora es abrasar.
Vila en Inglaterra ahora,
y en el cenit de su vida,
la perfeccion ya crecida,
que le apuntaba á la aurora.
Hoy de la casualidad
renovada aqui la gloria,
lo dulce de esta memoria
se hizo luego voluntad:
Qué de veces imagino,
por quan ignorados pasos,
aun de olvidados acasos,
é influxos hace el destino!
Yo, en efecto, la serví;
ella, en fin, me conoció,
y aquella que se acordó,
supo interceder por mi,
porque para la victoria
de su esquiva libertad
halló ya mi voluntad
sobornada su memoria:
el secreto la encargué
de quien soy, fiando de ella
lo inflexible de mi estrella,
mi adversidad la conté,
y asi vencí su rigor;
pues con tierna falsedad,
aun se pasó la piedad
á la banda del amor.
A causa de esta hermosura
mi grandeza disfrazada
está, ofreciendome entrada
el arte de la pintura,
para ver la gloria mia
con libertad; y á este fin
ahora estoy en su jardin
pintando una galeria;
no tengo de quien fiarme,
que en cosa tan arriesgada,
ni á criado, ni á criada
he querido declararme
en mi secreto constante;
porque hay el inconveniente
del Rey, que publicamente
hace gala el ser su amante;
y aunque este es afecto ocioso,
que no puede subsistir,
no es cordura competir
la pasion de un poderoso,
en cuya suerte importuna
siempre en su opinion seria,
contra su soberania,
delito el tener fortuna.
Demas, que capitulado
de Norflorcia el Duque está
con ella, y su padre ya
el casamiento ajustado
dexó, aunque por aversion
ella el dilatarlo esfuerza,
sin que la obediencia tuerza

su

su severa condicion.
No ha habido cifras extrañas,
ni ocultas tintas ha habido,
con que no haya introducido,
con cautelas, y con mañas,
los papeles, y cobrado
respuesta á tiempo oportuno,
sin fiarme de ninguno;
porque Morgan, un criado,
que en Londres he recibido,
si su genio conjeturo
poco callado, y seguro
á mi amor ha parecido
con acciones naturales,
que en una conversacion
poco reparables son,
por ser á todos casuales.
Una cifra he discurrido,
con que sin sospecha hablemos,
aunque cercados estemos
de todos; y persuadido
de tu nativa lealtad,
te llaman las ansias mias:
ya te acuerdas, que tenias
peregrina habilidad
en fingirte mudo, pues
para este fin te he llamado:
leal eres, y callado,
quanto valgo tuyo es.
Mudo, pues, te has de fingir,
y si la cautela pasa,
en Palacio, y en su casa
te podrás introducir
con tu industria, á ella podrás
hablar de mi, y como asi
no se guardarán de ti,
creyendote sordo, oirás,
quando de ella el Rey habláre
el estado de su amor,
quanto el poder, ó el rigor
para mi ofensa intentáre,
ya la cifra te daré,
porque en un riesgo preciso
me puedas dar el aviso
sin hablarme, y sin que dé
sospechas de ti el cuidado,
que mis rezelos mejora:
Vamos á la quinta ahora,
donde el Rey habrá llegado,
sin que traicion haya sido
la que intenta mi valor,
que en la guerra, y en amor,
todo ardid es permitido.

Zerb. Pues vamos allá, señor,
que mudo me fingiré
para tu intento, y seré
un mudo tan hablador,
que aunque tu por tus locuras
á mi voz silencio pones,
hablaré en gestos y acciones
por todas mis coyunturas.

Enr. Yo con ella te daré
introduccion; mas primero
que todos te vean, quiero
fingirte mudo; porque
no den sospecha al entrar
en su casa por mi mano.

Zerb. Anda, que es rezelo vano
mi entrada, señor, dudar;
haz cuenta que está lograda,
que en casa de la grandeza
jamas á quien va á ser pieza
le pudo faltar la entrada. *Vanse.*

Sale Juana con un papel, descubrese un lienzo, y recado de pintar.

Juan. La ultima cifra de Enrique,
despues que tengo estudiadas
tantas, como en el discurso
de nuestra amor hizo, y tantas,
como en tintas invisibles,
en equivocas palabras,
y en obscuros caracteres
nuevos avisos disfrazan.
La ultima cifra de Enrique
es esta, que en la ordinaria
cifra, que me escribe, quando
de darme papeles halla
ocasion, escrita viene,
y su clave aqui explicada:
quiero repasar á solas
en esta florida estancia,
en tanto que de la Corte
besamanos embarazan
al Rey, y que en el concurso
mi prima está embelesada.

Lee. Todo cariño, que quieran
decirse galan y dama,
será componiendo el pelo;
y todo desden ó rabia,
será tentarse las sienes,
como que acaso se haga;
jugar con el abanico,

ó estufilla, descuidada,
será accion de pedir zelos:
y en el galan los señala
alzar un poco el sombrero,
la cinta ó pluma que traiga:
satisfaccion de los zelos
será el pasar por la cara
toda la mano al descuido,
como que es ilusion vana.
Preguntarse, si se quieren,
será en accion alternada,
la dama en el abanico,
y el galan en la corbata;
el no, se dirá en la oreja;
el sí, se dirá en la barba;
en la nariz se pregunta,
si enojado ó enojada
estan; qué tiene, en la ceja;
que está malo, ó está mala,
refregandose los ojos;
toda pregunta que enlaza,
como quien, porque, de que,
en la cabeza se haga,
discurriendo la pregunta
conforme lo que se habla.
El Rey se explica en la frente,
el Duque tocar la manga;
al decir Ricardo el pecho,
y Enriqueta la garganta.
En el dedo mas pequeño,
la persona está cifrada
del criado; en la muñeca,
qualquiera de mis criadas;
el dedo del corazon,
á la dama nos declara;
y dedo indice al galan;
no leo mas, porque es muy larga
la cifra, y muy ingeniosa,
y en cortas señas abraza
quanto la conversacion
de amantes mas dilatada
puede ofrecer sin sospecha;
pues reducida se halla
á acciones, que por casuales
no pueden ser reparadas:
solo lo que he menester,
es ingenio para hablarla,
supliendo á veces el verbo
con que se unen las palabras.
El vendrá ya á proseguir
las pinturas empezadas
de esta galeria, que
se discurrió por dar traza
de vernos. *Sale Morgan.*

Morg. Qué una vez que
un hombre, que parlar traiga,
no haya encontrado á Enriqueta
por jardines, ni por salas?
Si mas el hablar detengo,
me han de dar mas de mil bascas,
porque un secreto es gusano,
que royendo las entrañas,
con un oculto bullicio,
hasta vomitarle escarba:
valgate Dios la Enriqueta!
Pero, ay de mi! aqui está Juana:
este cuento tiene azar,
yo escapo. *Juan.* Morgan, aguarda:
para que á Enriqueta buscas?
A espacio, desconfianzas. *ap.*

Morg. Otra nueva tentacion?
qué tenga un hombre esta falta
de no poder callar cosa!

Juan. Dilo. *Morg.* Mucho aprieta.

Juan. Acaba.

Morg. Señores, ya no es posible,
porque me va dando arcadas,
y un secreto es gran miseria,
que con todos no se parta:
pues podrido á nadie sirve,
y se pudre si se guarda:
Señora, busco á Enriqueta,
porque tan enamorada
está de mi amo la pobre,
que de zelos no descansa;
y porque le diga quanto
hace, dice, piensa y gasta,
en lo qué, porque ella oyera,
quizá yo se lo pagára,
sino que entre dos deseos
el suyo mas se adelanta.

Juan Muerta he quedado! y qué vienes
ahora á decirla? *Morg.* Ya escampa:
á eso no me detendré,
quede aqui la hoja doblada,
que á moler voy los colores,
pues ya para pintar tarda,
y si es que viene, y contigo
en secreticos me halla,
puede ser, que siembre en mi
mil chichones á patadas,
y no quiero, que esa fruta

en-

entre mis costillas nazca,
que mi espinazo no piensa
llevar fruto de sus plantas. *Vase.*
Juan. Ay infeliz! qué en amor
tranquilidades no haya,
á quien una voz al ayre
no baste para borrasca?
Muerta me ha dexado este hombre!
Sale Milardi Enriqueta.
Mil. Prima; tu tan retirada
del concurso de la Corte,
que en quadrillas desmandadas
viene á esta quinta? Qué es eso?
mucho á los ojos agravias:
de quien tu retiro esconde
belleza tan soberana?
Triste estás, qué es lo que tienes?
Juan. Esto solo me faltaba: *ap.*
No sé, triste estoy, y á un triste
todo bullicio le cansa.
Mil. Diviertete en la pintura,
que ahora de llegar acaba
Enrique á la galeria,
y á mi en extremo me agrada
el ver pintar. *Juan.* Ha traidora! *ap.*
Mil. Qué dices?
Juan. Vamos: qué falsa *ap.*
me lleva á lo que deseo,
quando juzga que me engaña!
Descubrese Enrique con paleta y pinceles pintando un lienzo, y Morgan moliendo los colores.
Enr. Tarde habemos hoy venido.
Morg. Si tu te fuiste á la caza,
quien tiene de eso la culpa?
Juan. Aqui estamos retiradas
mejor, pues ya desde aqui
á verle pintar se alcanza:
retirate aqui conmigo:
con verle mi amor descansa. *ap.*
Mil. No le ha de hablar si yo puedo.
Juan. La cifra será la traza.
Enr. Alli se han parado á verme:
aqui la industria me valga
de la cifra que la dí,
pues la tendrá estudiada.
Va haciendo las señas que señalan los versos, sin dexar de pintar, y ella hablando con Enriqueta, las hace tambien con disimulo.
Qué tienes, mi bien? En ceja,
y pelo dixo enojada. *Nariz.*
Nar. Me respondió en la nariz:
la joya será la causa;
preguntaréle porque. *Abanico.*
Aban. En la cabeza? *Rascase la cabeza.*
Morg. Pedrada.
Enr. Zelos dice el abanico,
confusion es bien extraña.
Mil. Qué te parece lo noble
deste arte? *Juan.* Noble le llamas,
quando es su primor mentir,
ya bultos, y ya distancias?
Mil. Sí, que es noble la mentira,
que á la verdad aventaja.
Morg. Misteriosas las señoras
estan, y tiemblo al mirarlas:
ay, señores, que un secreto
tantos sustos en sí traiga,
que detenido se pudre,
y vomitado amenaza!
Enr. Otra vez en la cabeza.
Morg. Lo que mi amo se rasca!
Enr. Le preguntaré por qué.
Juan. Asi explicaré mi saña.
Pone la mano en la cabeza, señala el indice, tienta el bobillo, y la garganta.
Enr. En la cabeza, en el dedo,
el abanico y garganta,
porque tu á Enriqueta quieres,
me ha dicho en acciones claras.
Quien se lo dixo, en cabeza,
y boca he de preguntarla.
Componese la sortija del dedo pequeño.
Mil. Qué haces?
Juan. Qué he de hacer? que tengo
El dedo pequeño.
esta sortija apretada.
Mil. Mal tu inquietud disimula
tu mal humor ó tu rabia.
Juan. Si bien lo supieras. *ap.*
Enr. Bien
el dedo inferior declara,
que este picaro lo ha dicho.
Morg Qué me miras?
Enr. Muele y calla, *ap.*
que si á vista no estuvieras
de quien tu traicion ampara,
yo te hiciera, que otra vez
á la Condesa contáras
los extremos de Enriqueta.
Morg. El Flor Sanctorum me valgan:

este hombre tiene demonio,
porque ni de alli se aparta
la Condesa, ni con otro
le ha podido avisar nada;
no pararé aqui un instante.
Demoñuelo de moatra,
que en llevar chismes empleas
toda tu diablura, aguarda,
verás que en agua bendita
toda mi boca se baña,
porque de ella no te atrevas
á coger ni una palabra. *Vase.*

Enr. Con la mano por el rostro
procuraré asegurarla
de que es mentira.

Pasa la mano por el rostro.

Mil. El criado
hizo señas de que vaya
siguiendole, algo hay que sepa:
ya vuelvo.

Juan. Traidor. *Enr.* Repara,
antes que pierdas el tiempo
en necias sospechas vanas,
en que un mudo, que verás,
un criado es, que en mi patria
me sirvió, tengo experiencia
de su ardid, y confianza
de sus secretos, y asi,
recibele tu en tu casa,
di, que gustas de él. *Juan.* No quiero,
aleve, falso, pensabas
que tercera de mis zelos
habia yo de ser causa,
de que en mi casa estuviese
quien pudiera con sus trazas
dar recados y papeles
á dama tuya? *Enr.* Qué dama?

Juan. Enriqueta, yo lo sé.

Enr. Plegue á los cielos. *Juan.* Te cansas.

Enr. Mi bien, mi dueño, mi esposa.

Sale por una puerta el Rey, y por otra el Duque, y se detienen.

Los dos. Qué oigo?

Juan. El Duque: viva estatua
soy! *Enr.* El Rey: todo soy de yelo!
pero la industria me valga:
mi cielo, mi amor, mi gloria,
mi dulce prenda, mi alma,
y no mi vida; pues ya
está en las postreras ansias,
si tales zelos te dí.

Juan. Desdichas, él se declara. *ap.*

Duq. Zelos, esto va perdido.

Rey. Cielos, Enrique me agravia.

Enr. Y si sé de quien los tienes,
supuesto que es ayre el aura
á quien llamo, porque temple
mis fatigas con sus alas:
no vivas mas, que será
en mi la mayor desgracia,
puesto que mi muerte empieza
por donde tu vida acaba;
dixo Zefalo, mas Pocris,
entre sus brazos exhala,
la vida en perpetua noche
sus dos luceros apaga.
Ahora podeis la pintura
entender, pues ya explicada
la fabula está, de donde
dixo un Proverbio á la fama:
que si el ayre diere zelos,
zelos aun del ayre matan.

Rey. O quanto engaña el oido!

Duq. Quanto la aprehension engaña!

Juan. Cielos, él sin ver al Duque,
porque le estaba de espaldas,
desvaneció lo que dixo.

Rey. Qué hay, Enrique?

Juan. Qué aqui estaba
el Rey? Cielos, muerta estoy! *ap.*

Duq. Señor. *Rey.* Duque, qué se trata?

Duq. Viendo estaba esta pintura.

Enr. A la Condesa explicaba
yo esta fabula de Pocris
y Zefalo, á cuya tabla
hoy está dando la brocha
las ultimas pinceladas.

Rey. Y está con gran valentia
la terneza asi explicada
de Zefalo, alli de Pocris
el desmayo con gran alma.
Corrido estoy: qué yo hiciese *ap.*
tan necia desconfianza!

Duq. Qué se atreviesen mis zelos
á una sospecha tan baxa!

Dent. Zerb. Ba, ba, ba. *Morg.* Detente.

Sale Zerbin haciendo ademanes de mudo, y Morgan deteniendole.

Rey. Qué es esto?

Zerb. Ba ba. *Morg* Qué ba, ni que ba, ba:
este hombre ha dado en entrarse,
haciendo mil pataratas,

has-

hasta aqui. *Duq.* Parece mudo.
Zerb. La cifra tengo estudiada, *ap.*
y antes de entrar, hizo mi amo,
que viese todas las caras
de las primeras personas,
que hacen papel en su farsa,
para conocerlas; pue to
que hablando el criado estaba
quando entré con Enriqueta,
con la industria comenzada
se lo avisaré, ba, ba, ba.
El dedo inferior, la garganta, y los labios.
Enr. El dedo inferior señala,
y la garganta, y los labios:
esto es que Morgan hablaba
con Enriqueta. *Rey.* Haced, Duque,
que dén, si á eso fue su entrada,
á ese hombre alguna limosna,
y vamos, que despachadas
han de quedar las consultas:
ó Magestad ignorada,
que explendida servidumbre
es la vida de un Monarca! *Vase.*
Juan. No quiero otra vez quedarme
con él: fortuna tirana,
quando dexará de ser
una ansia el fin de otra ansia! *Vase.*
Duq. Por señas diré que venga.
Zerb. Ba, ba. *Vase.*
Morg. Ya le da las gracias,
con ba, ba, lleva el dinero,
por cierto que es linda maula.
Enr. Picaro, como te atreves,
faltando á mi confianza, *Dale.*
á ser hablador? *Morg.* Señor,
yo no le he dicho palabra
de ti á la Condesa. *Enr.* Ahora
con Enriqueta no estabas
hablando de mi? *Morg.* Eso mas?
á él le dice quanto pasa
el diablo; Jesus mil veces!
si tu de aqui no te apartas,
como lo sabes? *Enr.* Villano,
en ti mi colera airada *Agarrale.*
vengaré. *Morg.* Señor, señor,
que me ahogas, que me matas,
que me quemen, si aqui otro
secreto á voces no anda.
Enr. Amor, duelete de mi,
vuelve una vez por tu causa,
no hagas siempre la fortuna
á las verdades desgracias.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Ricardo y Fenicia.

Ric. Absorta quedé de oirte.
Fen. Lo que te he contado es cierto,
y asi, al Rey puedes decirlo:
no puede: por mas que he hecho,
saber quien sea de mi ama
este galan descubierto;
mas que ella está enamorada
es sin duda. *Ric.* Quien siguiendo
nuestros pasos viene? *Sale Zerbin.*
Fen. El mudo.
Ric. No importa nuestro secreto,
pues es sordo.
Zerb. Sealo el diablo,
que á muy buena ocasion llego
para oir esa consulta.
Ric. Y de qué sabes tu eso,
que aseguras? *Fen.* De señales,
que acá nosotras tenemos:
mira, quando una señora
trae los discursos inquietos,
quando tiene suspensiones,
quando se enoja sin tiempo,
quando está alegre, sin que
nadie sepa por qué, y luego
desvanece su alegria,
arrebatada de un ceño,
quando no quiere tocarse,
su poco gusto encubriendo
con una pereza mansa,
envuelta en un dulce dexo:
quando otra vez se compone
con un estudiado aseo,
haciendo en muchos idiomas
de los colores misterios:
que me quemen, si el amor,
duende de sus devaneos,
espiritando sus niñas,
anda en sus ojos bullendo.
Demas de esto, gusta mi ama
de comedias y de versos,
que es otra mala señal;
pues parecidos afectos
se buscan allá en el alma
cierto oculto parentesco.
Ella escribe papelicos,
y los lee; aunque no veo quien
los lleva, ni los trae;

por-

porque algun diablo casero
debió de hacerles sin duda
pasadizo por los vientos,
por no pagar á criados
de su registro derechos.
Ella, tal vez afligida
está, y si acaso lo vemos,
envaina á medio suspiro
la contera de un resuello.
De tantas contradicciones,
con justa razon infiero,
que tiene diablo ó amor;
porque en el humano cuerpo,
de uno y otro suelen ser
parecidos los extremos.

Zerb. Qué diestra es la picarona! *ap.*
Puede de casos como estos,
segun es la dueña, hacer
relacion en un consejo.

Ric. Mucho ha de sentirlo el Rey,
si esa noticia le llevo,
que es Monarca, y es amante,
y con justa razon temo,
si á un ofendido se junta
lo amante con lo soberbio,
no quisiera esta sospecha
decirle. *Fen.* Pues tu, qué riesgo
tienes en decirle al Rey
lo que te ha mandado él mesmo
que averigues? *Ric.* Ay, Fenisa!
nada aborrecen tan presto
los amantes poderosos,
como á quien fue el instrumento
de quien supiese su mal,
aunque fuese con buen zelo;
porque la soberania
juzga tanto atrevimiento
hacerle la ofensa, como
decirsela, y en su genio
les deshace aquella vana
fortuna que aprendieron,
quien la dicha, que imaginan,
les borra de su concepto. *Vase.*

Fen. Muy mortal está Ricardo,
y aunque olvidadizo, puesto
que de balde se ha llevado
la noticia: mas qué veo!

Hace las señas Zerbin.

Esto tenemos ahora?
señitas que yo no entiendo;
por cierto, que gusto yo
de ver amantes gesteros. *Vase*

Zerb. Muda de una perlesia
quedes tu, plegue á los cielos,
que habladora del futuro,
aun el pronostico has hecho
de su intencion, y vendidos
tus discursos por sucesos;
pero aqui viene mi amo.

Sale Enr. Decidme, fragrantes bellos,
purpureos astros floridos
de estos jardines amenos,
de quien el viento, á invisibles
alas sus auras moviendo,
el ambar libra en suspiros,
que esperezais en bostezos;
decidme, si por aqui
pasó mi bien? Mas ya advierto,
que me respondeis, que no;
pues sus plantas este suelo
á diluvios no anegáran
de flores, que produxeron,
ni marchitáran sus ojos
las que brotáran sin ellos?

Zerb. Ha señor! qué soliloquio
es ese? *Enr.* Preguntas, necio,
lo que no puedes dudar?

Zerb. Cómo no puedo? sí puedo,
pues de tu soliloquear,
solo lo loquear comprehendo.

Enr. Pues, Zerbin, todas mis dudas,
mis pesares, mis contentos,
retiros y suspensiones,
pueden tener otro objeto
que Juana? Qué me preguntas?
Si de mi estoy tan ageno,
por no estar sin ella en mi,
que absorto, mudo y suspenso,
no hallando descanso el alma,
sin que tenga en sus afectos
por patria mi voluntad,
y su memoria por centro,
á los humanos discursos
me escondo en mis pensamientos:
ya que eres tu tan feliz,
que introducido te veo
en su casa ya: ay, Zerbin,
y quien, para estarla viendo,
vivir pudiera en tus ojos!

Zerb. Linda casa de aposento,
á no estar junto á las nubes,
que llueven á este izquierdo;

mas no era malo el partido,
que al mirarla yo de lleno,
siendo terceras mis niñas,
estuvierais los dos dentro.
Enr. Ya que tan feliz has sido,
á decirlo otra vez vuelve;
otra vez; y aun otras mil:
con envidia lo contemplo,
que estás en su casa ya,
valido del fingimiento,
que hemos discurrido: dime,
qué habeis hablado? *Zerb.* Prometo,
señor, que aunque todo el dia
sus pasos andé siguiendo,
no encontré ocasion de hablarla,
segun la trae su respeto,
de criadas asistida,
sino es al descuido, haciendo
las señas de aquella cifra,
que en mi se reparan menos,
que otro, pues todo soy
señas, visages y gestos;
y aunque queden las criadas
en alguna ocasion lejos,
porque el murmureo no escuchen,
á pronunciar no me atrevo,
como me tienen por mudo,
y solo á dar me resuelvo
tus papeles, y aun ahora,
puesto que ocasion tenemos
de hablar, pues si viene alguno,
fuerza es en lo descubierto
deste jardin verle antes,
y á nuestras señas volviendo,
no advertirá, que pronuncio,
como no escuchen los ecos;
te he de decir, que Fenisa
es enemigo casero,
y espia del Rey, que á Ricardo
estaba ahora diciendo,
que su ama está enamorada,
segun ve por los efectos,
aunque no sabe de quien.
Enr. Pues por qué no has ido luego
á avisarselo? *Zerb.* Porque
en su tocador no puedo
entrar, y porque á Palacio
me envia, que el Rey, sabiendo,
que la Condesa gustaba
de mi humor, le hace el cortejo
de gustar tambien de mi:
por lo qual, señor, te ruego,
que aunque con ella te cases,
no descubras el secreto
á nadie, de que sé hablar,
que perderé mi remedio,
segun lo que esto me vale;
y en los gastos destos tiempos,
no trueco ser sabandija,
por ser hombre de provecho.
Enr. Pues mira, entre algunas cifras,
que yo le he dado, me acuerdo
de una de flores, en que
de una flor solo leemos
la letra con que se empieza,
componiendo el alfabeto;
pues á su seña, alheli,
azahar y aroma, sirvieron
de explicar la A; la vara
de Jesé, la B, siguiendo;
la C, el clavel; y de todas
un ramillete compuesto,
poniendo adonde se empieza
á leer, un junco en medio,
que el ramillete divida,
los renglones va texiendo
en cada circulo suyo;
y pues jardines excelsos,
que en su variedad ostentan
la grandeza de su dueño,
estan siempre matizados
de flores de todos tiempos;
yo iré componiendo un ramo,
en que ese aviso encubierto
vaya, y la misma criada
ha de abrigar en su pecho,
llevandosele á su ama
el aspid de su veneno.
Zerb. Braba es la cifra por Dios;
porque si mal no la entiendo,
hasta ocho ó nueve renglones
se pueden enviar impresos
en un ramo á qualquier dama,
sin que sea el embeleco
sospechoso, y mas aqui
adonde el recato es menos
que otras partes; mas dudo,
que haya hallado tu desvelo
para todas letras flores.
Enr. Pues aguarda, que aqui tengo
la llave; ni á ti, ni á otro
dexar esa duda quiero.

Lee. Aroma, azahar, azucenas, alheli, y amaranto, de la A; la B, la vara de Jesé, y la Bonina; la C, el clavel, el cinamomo, la citronela, y el caracolillo; la D, la damasquina, y flor de Don Diego; la E, la escobilla de ambar, la espuela de caballero; la F, la filopendula; la G, la gemela; la H, el hisopillo; la I, el jacinto; sirviendo e el jazmin para la J, por ser e ta casi una letra; la L, el lirio; la M, la maravilla, mosqueta y moscogreco; la N, el narciso y nardo; la O, la flor de ojo de Christo; la P, pensies; la R, rosa; la S, el sandalo; la T, el tulipan, la X, y la Z, no sirven, con la J, y la C, se explican, y la V, la violeta; solo lo que no hay es que, y se suplirá con poner en el ramillete una hoja de yerba olorosa, donde quiera que haya de decir que, para unir la oracion.

Zerb. Linda cifra; pero en tanto
que vas, señor, componiendo
tu ramillete hablador,
una objecion me resuelvo
á preguntarte, que me hace
mil cosquillas acá dentro:
Si son en la gran Bretaña
tan cercanos los dos Reynos
de Inglaterra y Escocia,
y se profesa en ellos
el arte de la Pintura
con tan excesivo aprecio,
que de Flandes y de Italia
hacen conducir los lienzos
de los mayores Pintores,
quando tu llegues á serlo
del Rey, y tan celebrado;
como, dime, los mas diestros
de Escocia no han adquirido
una obra tuya, en que temo,
que si la mano conocen
por ella seas descubierto?

Enr. Muchas soluciones hay
á la objecion que me has puesto.
La primera son las guerras,
que embarazan el comercio;
es la segunda, que yo
esta habilidad no exerzo,
sino en Palacio, de donde
no es facil salir tan presto
ningun lienzo á otras Provincias;
la tercera, que advirtiendo
ese inconveniente mismo,
prevenido ese suceso,
mudo colores y estilo;
y quando hiciesen cotejo,
no dirán que soy yo propio,
sino que á mi me parezco;
mas véte, que hácia aqui viene
Feniza. *Zerb.* Pues yo me ausento,
porque perderé el metal
de los doblones que adquiero,
si sabe esta, ni otro alguno,
el metal de voz que tengo. *Vase*

Sale Fen. Señor Enrique? *Enr.* Fenisa.

Fen. Tan solo aqui? *Enr.* Divirtiendo
estaba la soledad
destos pensiles hibleos,
con las extrañas acciones
del mundo. *Fen.* Es raro sugeto,
yo no sé porque mi ama
gusta dél, que no le encuentro
gracias: flores cogeis?

Enr. Quejosas las considero
de no haber en las mexillas
y frente de vuestro dueño
encendido sus matices,
ó candidos ó sangrientos;
y asi, pues se está tocando,
que vos la digais os ruego,
que este ramo, que mis manos
artificiosas rigieron,
de las flores, que la aurora
vertió del candido ceño,
ó de los dorados rizos
al destrenzar su cabello,
que se esparció el sér en ondas,
risa y tempestad del viento.
Llegué á encender en sus ojos
sus flores, porque luceros
de nacar aprehendan rayos
de la esfera de su pecho.

Fen. Y es á mi ama, ó Enriqueta?
porque exponerme no quiero
á errar, quizá la embaxada.

Enr. Es para quien os lo ofrezco,
la Condesa mi señora
de Salisburgo, ya con esto
no podreis equivocaros,
y que es necesario creo

dis-

distinguirla, porque juzgo,
que servís á dos á un tiempo. *Vase.*
Fen. Mosca le dió la pregunta,
quise averiguar el cuento
de que Nise me contó, y él
se ha recatado de cuerdo:
qué tenga yo este mal vicio?
á mi, qué me va en saberlo?
si nada de Enriqueta toca
al Rey, de quien yo profeso
ser espia, pues aun quando
la llevaba su denuedo
á la campaña, á Ricardo
dexó en Londres á este efecto;
pero aqui vienen mis amas,
ojo á la vista, y silencio.
Salen Juana, Milardi, Nise y Morgan.
Mil. Esto, prima, he de deberte.
Juan. Una cosa es mi cordura
el extrañar tu locura,
y otra es obedecerte:
por qué, dime, en un Pintor,
particular caballero,
qué puede haber (dolor fiero!)
que sea digno de amor?
Mil. El amor, aunque ha fundado
su imperio en su tirania,
iguala en su monarquia
los meritos al estado,
ni él atiende á la nobleza,
ni á grandeza, aunque mas hables,
que de las prendas loables
fabríca allá su grandeza,
en su imperio singular
á ningun Monarca cede:
y qué Rey es quien no puede
ya abatir, y ya elevar?
Sus prendas consideré,
su gala y talle advertí,
quizá noble le creí,
porque yo lo deseé.
Miente con tal frenesí
el deseo lisonjero,
que se engañó á sí primero,
y me engañó luego á mi.
El, en fin, con mi grandeza
se escusa, y con su humildad,
haciendo con falsedad
veneracion la tibieza;
pero de mi conocida
su nobleza fue en su modo,
que no puede estar del todo
una gran alma escondida.
Mi sospecha confirmó
todo lo que me ha contado
de sus cosas el criado,
pues me dixo: - *Morg.* Aqui entro yo,
y aunque ando tan aturdido,
que en nada es bien que me meta,
porque hay un diablo estafeta
entre mi voz y mi oido;
y tan diablo, que á estirones,
si parlo lo que aconsejas,
ó trae acá sus orejas,
ó lleva allá mis razones.
Si es que vas á referir
lo que yo te revelé,
un nuevo gusto tendré
en volvertelo á decir;
que aunque se sigue al medrar,
enriquecer y lucir,
no sé quien puede servir,
adonde no hay que parlar;
conté, que ocultas tenia
joyas de precio excesivo,
que en lo que ha que con él vivo
mil señas en él veía
de una incognita nobleza,
en el modo, y el mandar,
en reñir sin ultrajar,
en romperme la cabeza
con una gran seriedad,
en sentir con suspension,
dando rasgos cada accion
de una oculta gravedad,
que puso de la alta cuna
la naturaleza rara,
un caracter en la cara,
que no borra la fortuna.
El lo esconde, y aunque digo,
que por mi suerte infelice
todo el diablo se lo dice,
y no puedo mas conmigo,
y va en la complexion mia;
porque, señora, en efecto,
de lo recio de un secreto
me diera una aplopexía,
á no ser que en mis enredos
el cielo me quiso dar
facilidad de arrojar,
aun sin meterme los dedos:
ya dixe, y hoy no es penosa

su venganza, aunque llegase,
y si ahora me matase
no me queda acá otra cosa.
Sintiera en mi suerte ingrata,
no hablar en mi muerte; pero
si es que con mi habla muero,
yo parlaré, que él me mata.
Fen. Pues usted otra muger tome,
que casar no me conviene
con un criado, que tiene
mala ley al pan que come;
ni me hable mas en su vida,
ni haya miedo que le quiera,
para mi natural era
esa muy buena partida.
Morg. Criada eres, y has de ser
como yo. *Fen.* No hay que tratar.
Morg. Como no pierda el hablar,
pierda quanto hay que perder.
Juan. Qué mandas pues? *Mil.* Que por mi
no se enoje tu amistad,
de que con mas libertad
pueda Enrique entrar aqui.
No son mis intentos vanos,
puesto que en nuestra nacion
poco reparables son
visitas de cortesanos;
y menos lo serán de él,
á cuya introduccion, ya
tan grandes disculpas da
lo valiente del pincel;
y aunque el discurso se ofrece
reparo en la libertad,
la misma desigualdad
las sospechas desvanece.
Juan. Desde que ese hombre acabó
de pintar la galería
de la quinta, y desde el dia,
que el Rey en Londres entró,
no le he hablado, y enfadada
en este jardin le ví,
aunque tu sabes que aqui
jamas se niega la entrada
en jardines á ninguno.
Mil. Por qué con él tanto enfado?
Juan. Desde aquel riesgo pasado,
le miro como importuno.
Mil. Pues no te dió su valor
vida en sus pasos veloces?
Juan. Ay, prima! ahora conoces
quanto cansa un acreedor.
Mil. Yo que nunca le debí,
con gusto viendole estoy.
Juan. Yo prometo, que desde hoy
gustaré de él; mas por ti
su entrada permitiré,
como con él te declares,
le hablarás quando gustares,
y aun yo por ti le hablaré,
llegandose á declarar
con todos, que es por ti todo;
porque yo halle de ese modo
linda traza de pagar.
Mil. Dios te guarde, que al jardin
vendrá, y yo le pienso hablar,
porque le quiero mandar,
que entre por mi en el festin. *Vase.*
Fen. El por el jardin venia,
donde me dixo turbado,
que en él, para tu tocado,
de todas flores texia
este ramillete, que
con mil conceptos me dió.
Juan. Con un junco dividió
sus renglones, yo veré
si es la cifra, él se ha de hallar
con muy mala recompensa,
que está engañado, si piensa,
que á Enriqueta le he de dar.
Morg. Yo sí que se lo diré:
gracias á Dios, que hallé ya
que contar. *Fen.* No hay ba, ba, ya
con el Morgan. *Morg.* Y por qué?
Fen. Por hablador. *Morg.* Y podrás
dexarme? *Fen.* Sí, que soy cuerda.
Morg. Como yo el hablar no pierda,
pierda todo lo demas.
Juan. Que tu estés enamorada,
Leyendo el ramo.
aunque de quien ignoró,
con Ricardo al Rey envió
á decir esa criada.
Fen. Mil vueltas al ramo da,
y me mira, y me remira;
ya se acerca, y se retira;
valgate Dios! qué será?
Juan. Fenisa? *Fen.* Señora mia.
Juan. Ponme este ramo. *Agarrala.*
Fen. Sí haré:
donde? *Juan.* Traidora, á la fe
faltas de criada mia?
Fen. Yo, señora? *Morg.* Qué la ha dado?

Fen.

Fen. En qué mi ley desagrada?
Juan. Que yo estoy enamorada
á Ricardo le has contado.
Fen. Jesus, mil veces! hechizo
trae el ramo entre los dos.
Morg. Como es esto? vive Dios,
que este diablo es pegadizo.
Fen. Ay, qué me mata! *Morg.* Usted, tome
marido, que no conviene
muger para mi, que tiene
mala ley al pan que come.
Fen. Si tu de aqui no faltaste,
como saberlo pudiste?
Morg. Tambien usted ignora el chiste?
Juan. Yo te haré:- *Fen.* El enojo baste,
que no hablaré mas. *Juan.* Preciso
es no darme ya á entender:
yo el ramo volveré á hacer,
y enviaré en él otro aviso. *Vase.*
Morg. Ni me hables mas en tu vida,
ni haya miedo que le quiera:
para mi natural era
esa muy buena partida.
Fen. Aqui anda el diablo sin duda.
Morg. Lo mismo, amiga, he pensado:
quien pudiera ser callado!
Fen. Ha, quien pudiera ser muda!
Morg. Traeme en alhajas dotales,
chismes, quando nos casemos.
Fen. Sí; pero los partiremos,
como chismes gananciales.
Morg. Puesto que á parlar me enseñas,
y á atisbar mil desatinos,
en ti he de engendrar vecinos.
Fen. Y yo de ti parir dueñas. *Vase.*
Sale el Duq. Pues me permite la entrada:
ay, hermoso ameno sitio,
esfera verde de tantos
caducos astros floridos,
que la noche apaga en sombras,
y la aurora enciende en visos!
pues me permite la entrada
sin nota el comun estilo,
no solo vengo á beber
con los ojos el hechizo,
que inficionandome el alma,
me deleyta los sentidos,
sino á quejarme á estas flores,
que á lo ardiente del gemido,
quantas producen sus plantas
agotarán mis suspiros.
El Conde de Salisburch,
padre de Juana, y mi tio,
la ordenó en su testamento,
que se casase conmigo,
no solo por conveniencias
de ser mi estado tan rico,
sino por volver su casa
(quedando en hembra) al antiguo
blason de su varonia,
que respetaron los siglos,
conservando su ascendencia
en mi casa, y apellido.
Juana (ay, amor!) que al nombrarla,
el corazon á latidos,
invidioso de los labios,
del pecho se me ha movido,
á beber, siquiera en ecos
de su nombre el desperdicio.
Juana repugna estas bodas,
sin manifestar motivos,
mas que una adversion del Rey
(con qué dolor lo repito!)
pues aun de ignorarlo, no
puedo fingirme el alivio,
quando está, á lo que discurro,
desmintiendo lo que miro.
El Rey á Juana festeja,
y aunque hasta aqui no hemos visto
mas que aquel amor, que es gala,
y mas que eleccion capricho;
pues solo en publicos actos,
donde es empeño preciso
festejar á alguna dama,
su afecto se ha conocido,
sin extremo, que desdiga
de su real animo invicto,
y sin que ella deste coto
el limite haya excedido,
Con todo eso, es un zeloso
inventor de sus martirios,
pues en mi imaginacion,
produciendome infinitos,
lo que no deseo espero,
y lo que mas temo finjo:
á ver vuelvo, aqui está Enrique.
Sale Enr. De su vista me retiro,
por no encontrar en sus ojos
mis zelos. *Duq.* Enrique, amigo,
por qué de mi te retiras?
Enr. Porque viendoos divertido
con vuestra imaginacion;

mi veneracion no quiso,
que arrebate lo ruidoso
el gusto á lo suspendido.
Duq. Antes te he buscado yo,
que una pretension contigo
he de hacer. *Enr.* Vos pretension?
Duq. Ya sabes quanto rendido
vivo al imposible bello,
al soberano prodigio
de Juana, de quien esposo
he de ser. *Enr.* Cielos divinos, *ap.*
habrá valor para verlo,
en quien no le hay para oirlo!
Duq. Para engañar sus ausencias,
bañar de luz determino
mis ojos, que entre las sombras
de los rasgos coloridos
de su belleza, asi en un
retrato suyo te pido,
pues tan alto asunto no es
de menos pinceles dignos:
su amante soy, y soy yo,
discreto eres, harto digo. *Vase.*
Enr. A quien, cielos, pudo:-
Sale Ric. Enrique,
ya que antes de irme te he visto,
te quiero avisar, que el Rey,
que te dixese, me dixo,
que le lleves el retrato
de Juana, que te ha pedido,
y á Dios. *Vase.*
Enr. A quien pudo, cielos:
Sale Nise. Enrique? Ese laberinto
buscandoos entre sus quadras,
he pasado, y he corrido:
Enriqueta, mi señora,
me ha mandado preveniros,
que no os ausenteis sin verla:
ya mi embaxada he cumplido. *Vase.*
Enr. Otro embarazo?
Sale Morg. Señor,
todo el dia ando perdido
en tu busca. *Enr.* A muy buen tiempo
vendrás con tus desatinos,
para que te dé mil muertes.
Morg. Tantas? No podrás conmigo,
porque no soy cimenterio,
ni caben en mi distrito,
y de una me sobra el tercio,
si tu no guardas el quinto.
Vive Dios, que aunque criado,
soy criado bien nacido,
y que ahora no he parlado,
para que me hagas hocico,
y este demonio embustero,
con resabios de vecino,
que con cosquillas de chismes
te anda escarbando el oido,
miente, si algo te ha contado;
y pues me anda en cuentecillos,
salga este diablo, si es hombre,
que le reto y desafio.
Enr. Calla, sino quieres, que
todo el furor vengativo
contra ti rebiente. *Morg.* Ay, Dios!
Callo, que me ha conocido,
y me ha atado de la sangre
las palabras con un grito.
Enr. A quien pudo, cielos, otra,
y otras mil veces repito,
suceder en tantas penas,
estar á todas remiso,
confundiendo el sentimiento
lo vario de los motivos?
Pidióme un retrato el Rey,
á cuyo poder resisto
en vano; y otro retrato
me pide desvanecido
el Duque: yo de mi dama
he de entregar á otro arbitrio,
ni aun la sombra? Yo poner
su copia en otro dominio,
producida de mi mano?
Que diestra contra mi mismo,
mis mismos zelos me vayan
dibuxando en lo que pinto,
creciendo mi estudio propio
la ofensa en lo parecido!
Mal haya la habilidad,
pues á su dueño ha vendido!
Mal haya, amen, el disfraz!
y mal haya mi delirio,
que está aumentando en mi idea
de mis males lo excesivo,
pues contra sí misma, solo
de sus mismos desvarios,
la idea de un temeroso
va produciendo enemigos,
y con saber engendrarlos,
no es bastante á resistirlos!

Salen todas las Damas.

Jua. Aqui está Enrique. *Mor.* Ay, señores!

un

un angel las ha traido,
que al verle entre sí furioso,
estaba yo tamañito,
sin que en mi mismo cupiese,
con estar tan encogido.
Mil. Enrique? *Enr.* Señora? *Mil.* Tanta
tibieza, y tanto retiro?
Enr. No es tibieza, es suspension;
pues con verdad os afirmo,
que el rato que fuera destas
paredes estoy, no vivo.
Juan Aunque lo dice por mi, *ap.*
mal mis sospechas resisto,
porque aun les duele á mis zelos
de Enriqueta en los oidos
aquella falsa alegria,
con que se engaña de oirlo.
Enrique, ya declarado,
me alegra el saber que os sirvo
en esto; y si este ramo
me enviasteis, con el designio
de que á mi prima le diese,
segun deste amor colijo,
os le vuelvo, porque vos
darsele podais mas fino,
pues sé, que de vuestra mano
tambien quedará admitido.
e. El mismo es que yo le dí. *Dale el ramo*
Juan. Tomadle: ah, falso! *ap.*
Enr. Ay, bien mio! *ap.*
pues me le vuelve, sin duda
que vuelve ya respondido:
al descuido he de leerle.
Morg. Temblando los ayres miro,
por si aqui anda este demonio,
y por al tiento le pillo.
ee Enr. Tambien que tu tienes joyas
con otros muchos indicios
de tu nobleza, á Enriqueta
ese criado le dixo.
Morg. Otra miradita? *Mil.* Enrique,
una cosa he de pediros,
y es que declareis quien sois,
que por muy cierto he sabido,
que sois mas que pareceis.
Enr. Si creeis lo que os ha dicho
este picaro, de que
tengo joyas. *Morg.* Jesuchristo!
Enr. Y de otras locuras, que
inventan sus desatinos,
qué culpa, señora, tengo?
Un Pintor Flamenco he sido,
de moderada nobleza.
Morg. Este demonio anda listo,
yo guarneceré de cruces
orejas, boca y vestido.
Fen. Valgame Dios! este ramo
tiene diablo. *Enr.* No me anímo,
señora, á darosle, habiendo
ya de otra mano venido,
que en vos no puede ser prenda
lo que en otra es desperdicio.
Juan. Bien se ha escusado de darle.
Mil. Esta noche prevenido
publico festin tenemos,
porque aun dura el regocijo
de la victoria del Rey,
y en bayletes aplaudimos
todas las señoras, vos
vendreis á él, que yo os convido.
Enr. Sí haré, pues vos lo mandais:
Juana con el abanico
me ha dicho que tiene zelos,
asegurate, bien mio,
diré en la cara, y el pelo.
Pasa la mano por la cara, y toca las ondas de la cabellera.
Juan. Mal mis sospechas reprimo,
pues traigo al pecho corbata,
y ahora es uso, y ha sido,
de querer el galan seña,
la corbata, y el bobillo
seña de querer la dama.
La oreja, el abanico, la cabeza, la corbata, la barba, el bobillo, con el dedo indice.
Asi veré si me explico:
no los tengo de que quieres,
sino de que eres querido.
Enr. Que no los tiene de que
yo quiero, juzgo que dixo,
sino de que á mi me quieran:
yo tengo tambien los mismos
del Duque, y del Rey diré.
Con el dedo indice, y la pluma del sombrero, la manga y frente.
Juan. Los tuyos son desvarios,
diré. *La mano por la cara él y ella.*
Enr. Y los tuyos tambien:
yo te adoro.
El con el dedo indice, y luego con el del corazon toca la corbata, ella señala el del corazon, y toca con el indice el bobillo.

Juan.

Juan. Yo te estimo.
Nis. Qué silencio será este,
que á todos ha suspendido?
Sale Ric. El Rey, señoras, ha entrado
ahora al jardin, porque vino
á ver el festin, y aguarda.
Mil. Vamos: Enrique, advertido
quedais. *Enr.* Sí, señora. *Juan.* Enrique,
á Dios. *Vanse las Damas.*
Ric. Enrique, á pediros
vuelvo tambien el retrato,
si está ya acabado. *Morg.* Oidos,
que tal oyen. *Enr.* Ya lo está;
apelar será preciso, *ap.*
pues me aprietan, á la industria
de que vine prevenido.
Ya lo está, y corrido yo
tambien de lo mal que sirvo,
pues no acierto lo que importa,
pension es de mi exercicio:
este retrato es de Juana.
Sale el Duq. Retrato de Juana he oido,
y nadie á mi vista puede
llevarle, sin que mis filos
castiguen su atrevimiento.
Enr. Quede el retrato conmigo *ap.*
por lo que importáre. *Ric.* Pues qué
intentas? *Duq.* Dar el castigo,
á quien intenta en mi ofensa
llevarle, y no me irrito
con ese pobre Pintor;
porque, en fin, habrá atendido,
mas que á otro particular,
al interes de su oficio.
Enr. Qualquiera que imagináre,
que cabe en mi genio altivo
mandarse del interes,
ni que pueda mi capricho
dar retrato desta dama,
sino á quien me le ha pedido,
se engaña; y pues tan bizarro
muestra V. Excelencia el brio,
el retrato está en mi mano;
y aunque por tan abatido
me tiene, si ha de cobrarle,
no es á proposito el sitio.
Ric. Enrique, qué es esto? al Duque
respondeis tan atrevido?
Enr. Al Duque, y á vos. *Morg.* El otro
lo mismo es que un torbellino.
Duq. Dexadme darle la muerte.
Ric. Eso no, que si le riño,
fue, porque os perdió el decoro
mas no porque no me animo
á defenderle, supuesto
que aquel retrato se hizo
por mi. *Duq.* Pues en vos, y en é
á vengar mi ofensa aspiro. *Riñ*
Enr. Deteneos, que Ricardo
se engaña, el retrato es mio,
y hecho para mi, quien quiera
cobrarle, riña conmigo,
pues que yo soy dueño de él.
Duq. Hombre, has perdido el juicio
Morg. El diablo del hombre piensa,
que de todas es querido.
Duq. Muere á mi acero. *Ric.* Eso no.
Enr. No teneis que preveniros
á mi defensa, que yo
asi á un tiempo me despico
de los dos. *Riñen tod*
Ric. Teneos.
Sale el Rey, todas las Damas y Zerb
Rey. Qué es esto?
Juan. Cielos, qué habrá sucedido!
Rey. Como se pierde el respeto,
no solo al sagrado digno
de esta casa, sino á tiempo
que yo dentro de ella asisto?
vive Dios. *Duq.* Señor. *Ric.* Seño
Rey. Qué fue el caso? Referidlo,
antes que el mismo silencio
sirva tambien de delito.
Ric. Fuerza es, pues que temerari
se arrojó á tanto peligro;
yo, señor, te lo diré:
Enrique habiendo traido
el retrato, que mandasteis,
me le daba, quando vino
el Duque, y oyendo el nombre,
irritó lo vengativo
contra Enrique, en su defensa
me puse, y:- *Morg* Ay hombre malig
calla, no lo digas todo.
Fen. Pues qué sientes? *Morg* Eso es lin
que salen todos á verlo,
y no queda á quien decirlo.
Duq. Para el Rey era el retrato?
Mil. Del susto apenas respiro.
Rey. Mostradme, Enrique, el retrat
porque en habiendo sabido,
que yo me quedo con él,

nadie tendrá que pediros.
nr. Turbado llego, señor:
aqui está. *Dale el retrato.*
ey. Deidad, qué miro?
este no es el que os pedí.
an. Que es mi retrato imagino *ap.*
el que le da. *Enr.* El es, señor.
ey. En toda mi vida he visto
mas desemejante cosa,
menester era artificio
para que tu errases tanto,
ó te ha dado algun delirio,
pues un retrato me traes,
ni hermoso, ni parecido.
nr. No pude mas. *Rey.* Como no?
quando en este arte no ha habido
mas destreza, que la tuya?
nr. Disculpeme lo infinito
de la hermosura de tal
original, si averiguo,
que de parecerse á ella,
tan distinto, señor, miro
lo feo, como lo hermoso:
y no extrañeis, que indeciso,
hacer otro semejante
el arte no haya podido,
quando aun la naturaleza,
en tan dilatados siglos,
no supo producir otro
ugeto tan peregrino.
y. Buena es la disculpa; pero
nas hubiera yo querido
a obediencia: Haced, Ricardo,
pagar á Enrique, á quien libro
eis mil ducados de plata,
porque confesó rendido
u acierto á las perfecciones
e tan singular prodigio;
porque, en fin, fui yo quien
mandó, y es muy distinto,
ue yerre él, ó yo no premie,
uesto que el estudio mismo
costó el hacerlo errado,
ue el haberlo conseguido;
ero advertid, de que hoy mas
ue á pintar volvais, os privo
sta belleza, y la copia,
atomos infinitos *Rompele.*
trego al ayre, porque
uando ser retrato quiso,
lo fue de su hermosura
un agravio colorido;
y de qué sirve el primor,
que no acierta en mi servicio?
Vamos al festin: vos, Duque,
quedad tambien advertido
de que Enrique me obedece,
aunque no acierta, y que envio
la copia al ayre, del ayre
cobrad vos los desperdicios:
Ay de mi, pues que zeloso, *ap.*
sin saber con quien me irrito,
lo que me contó Ricardo
me trae fuera de sentido!
Vase con Ricardo.
Mil. Vamos, que el Rey nos espera.
Vase con Nise.
Juan. Ay de mi, quanto me aflijo,
pues quanto es en mi belleza,
es en Enrique peligro! *Vase con Fen.*
Duq. Ay infeliz, que en agravios
mis zelos se han convertido! *Vase.*
Enr. Y ay infeliz, que pendiente
de los zelos el destino,
que persuade voluntario
á lo que influye preciso,
mi vida está respirando,
por alientos, parasismos! *Vase.*
Morg. Mudo, oye lo que ha pasado,
pues que todos lo han sabido:
mi amo, y el Duque han reñido
sobre quien le habia mandado
hacer un retrato; pero
entró la misericordia,
porque en caso de discordia
llegó el Rey á ser tercero:
valgame Dios! descansado
ha quedado mi capricho:
si aqui no lo hubiera dicho,
hubiera ya rebentado. *Vase.*
Zerb. Pues tan hablador te noto,
quando tu secreto apuro,
anda, que yo te aseguro,
que no ha dado en saco roto,
y menos riesgo tuviera,
si en la materia mas grave
el hablador lo que sabe
solo á los mudos dixera.
Suena musica, á cuyo compas salen todos los Galanes, y las Damas con mascarillas, danzando, y danse las manos.
Mus. El viento todo es dulce,
quan-

quando su esfera rompen
de dulces consonancias
las clausulas acordes,
y los triunfos invictos,
que la fama pregone
se vierten á la esfera,
no cabiendo en el orbe.
Rey. Qué importa, amor, que esta mano
de esperanza me corone,
si otro con Juana es felice?
Mil. Amor, qué importa que logre
la mano de Enrique, viendo
su tibieza en mis ardores?
Al dar la vuelta caesele una liga á Juana.
Mus. El viento todo es dulce, &c.
Cogenla el Duque y Enrique, y el Rey se la quita.
Duq. Suya es la liga. *Enr.* Esta liga
es suya. *Rey.* Nadie la toque:
de dama que va conmigo,
hay ninguno que se arroje
á alzar descuidos! *Los dos.* El Rey.
Rey. No hagais que mi incendio brote,
seais quien fuereis. *Juan.* O mal haya
descuido, que en tal me pone!
Pero negaré que es mia.
Fen. Y harás muy bien, si conoces
la gran floxedad que arguyen
descuidos tan interiores.
Cogela el Rey con un lienzo, y se la pone al cuello.
Rey. Así se toma esta prenda,
y así es bien que se coloque,
dandola el mayor aprecio: *Dent. gritan.*
mas qué es aquesto? *Duq.* Son voces
del pueblo, que está presente,
que como quien sois ignore,
la accion, señor, ha extrañado
de ver que se ciñe un hombre
al cuello una liga. *Rey.* Pues,
aleves, viles, traidores,
conocedme, que yo soy,
yo soy, y temed, que aborte
del pecho el volcan centellas,
si irritais mas mis furores.
Yo soy vuestro Rey, aquel
á quien en mil ocasiones,
de lides vencedor siempre,
de enemigos tan feroces,
lo coronaron de Dafne
los siempre castos verdores:
qué quereis, que mis hazañas
esta terneza desdore?
pues quien no estimó mugeres
quando supo vencer hombres?
Hizo la naturaleza
en la fabrica del orbe
algun prodigio mas lleno
de admirables perfecciones
que la muger? Hay especie,
en quien tal delicia gocen
los hombres, en sus aseos,
sus caricias, sus amores?
Pues, barbaros, qué extrañais,
que la atencion las adore,
que los hombres las veneren,
y los monarcas las honren?
juzgais indigno de un Rey,
que á la hermosura se postre?
Quien da á la nobleza leyes,
sino el centro de lo noble?
Si hombres son tambien los Re
qué mejor modo disponen
de haceros comunicable
lo que tienen de conforme,
que el rendimiento á las dama
En cuyas adoraciones,
sin perder lo soberano,
su humano sér reconocen;
pero para que os enseñe
con quantas estimaciones
el descuido de una dama
debe ser tratado, oye
lo que dispone tu Rey:
Nobleza y Plebe de Londres,
de esta liga os instituyo
un nuevo Militar Orden
de Caballeria, que
la Xarretera se nombre,
por la liga, dedicado
á nuestro Patron San Jorge.
Sea un instituto suyo,
entre otras constituciones,
despues de las generales
que la Religion apoyen,
la defensa de las damas,
servirlas con mas primores,
y no consentir jamas,
que ninguno las baldone,
aunque le cueste la vida,
que á sus obsequios se expone.
Tuson ha de ser de todos

los Reyes, mis sucesores,
pendiente al cuello esta liga,
que á trechos siembre, y adornen
las rosas, que á Inglaterra
dieron antiguos blasones.
Una lamina estará
pendiente en ella de un broche,
donde San Jorge á caballo
se verá: y porque no noten,
que en el dueño de esta prenda
(sea quien fuere) hay mas razones
de estimarla, que el ser dama;
dirá en su circuito un mote:
infame es quien piensa mal;
y á ninguno mas se otorgue,
que á los Grandes de mi Reyno,
los Duques, y los Milordes,
pues de Eduardo Tercero
la fama publíca á voces
con esta Religion, quanto
dió á la hermosura de honores.
Y tu, ingrato dueño mio,
en mis extremos conoce,
quien trata asi tus descuidos,
qué hiciera con tus favores? *Vase.*

Todos. El Rey Eduardo viva,
vencedor de vencedores.

Ric. O, como le aclama el Pueblo!

Mil. Digno elogio es de su nombre!

Fen. Qué yo traxese tan fuertes *Vase.*
mis ligas! *Juan.* Amor, el golpe
suspende, pues contra Enrique
son estas de mas traiciones. *Vase.*

Duq. Cielos, pues ya son agravios,
sed tosigo que me ahogue. *Vase.*

Enr. Amor, si no hay en mi pecho
lugar para tus arpones,
dexa á los zelos la saña
de sus injustos rigores;
pues no hay vida en que se empleen,
el arco á la cuerda afloxen. *Vase.*

JORNADA TERCERA.

Salen Fenisa y Morgan lleno de cruces el vestido, y una en la mano.

Fen. Morgan, qué es esto? q̄ te ha sucedido,
que has hecho via-sacra tu vestido?

Morg. Hija, cada pobrete, aunque lacayo,
puede hacer un calvario de su sayo:
No ha de llegar á mi, si es que yo puedo,
aquel diablo á quien tengo tanto miedo,
pues porq̄ mi amo contra mi se enoje,
quantas palabras se me caen coge,
y aunq̄ estamos los dos muy divididos,
al punto las trasplanta en sus oidos.

Fen. Lo mismo me sucede, ello por ello,
con mi ama, pendiente de un cabello
traigo, Morgan, la vida.

Morg. Pues si acaso han tenido
los dos amos un diablo parecido,
yo temo, que los dos:-

Fen. Yo lo he pensado;
pero trae galanteo declarado
tu amo con Enriqueta?

Morg. Hay quien tal crea!
no la puede tragar, no.

Fen. No la puede
tragar? Aunque eso sea,
mi ama no gusta de él, ni verle puede,
y enfadarse mil veces le sucede
de que Enriqueta le haya introducido
tanto en casa; demas, que yo he sabido,
que ella está enamorada,
y al tal galan de noche le da entrada,
y habla con él, y aquesto lo barrunto,
porque estas noches, no de todo punto
desnudarse ha dexado,
y del quarto las puertas ha cerrado
para que no acechemos.

Mor. Mire usted, y esta es la q̄ hace extremos?
de creerlas no trato,
no hay mayor alcahuete, que el recato.

Fen. Temblando toda estoy como azogado
q̄ este chisme á Ricardo le he contado,
y que lo sepa ella no dudo.

Morg. Quien estaba delante?

Fen. Solo el mudo.

Mor. Pues como ha de saberlo dese modo?

Fen. Como ese diablo se lo dice todo.

Morg. Hoy sí vengo seguro,
pues mis cruces le sirven de conjuro;
á Enriqueta le traigo un chisme bravo,
que en este instante de saber acabo,
y por no perder el ocio,
amiga, cada qual á su negocio.
Mi amo á tu ama envia
este libro de versos que tenia,
en que estas noches divertirse pueda,
que si este no le gusta, otro le queda,
dice tambien.

Fen. Sin duda le ha pedido

ella, pues tantos libros ha leido,
que en casa no le quedan: mas ahora
muerta es por leer versos la señora;
pero si es que mi flema no te enoja,
todo el libro he de ver hoja por hoja,
porque quizá no oculte algun billete,
que escarmentada estoy del ramillete.

Mor. Bien haceis, q̃ yo un hombre conocia,
que un papel escondia
en el hueco, que atras el pergamino
hace al abrir el libro. *Fen.* No imagino,
que haya reparable nada
en él, sino es tal qual hoja doblada.

Morg. Serán apuntamientos
de los versos notables.

Fen Mil tormentos
nos cuesta cada cosa que parlamos.

Mo. Es q̃ hablan cõ el diablo nuestros amos;
pero no hay gente, si es lo que examinas,
mas noble, que habladores y gallinas.

Fe. De qué lo infieren tus extraños modos?

Mor. De q̃ es gente q̃ piensa bien de todos:
mira, del que es ladron, el refran cuenta,
que de todos lo piensa; pues su afrenta
consuela asi consigo; el caballero
mas cabal, y cortés, siempre severo,
piensa que nadie llega á su zapato;
que sabe mas que el otro, el mentecato
piensa q̃ es bravo, aunq̃ nadie se le rinda,
que á todos se los traga como guinda;
temeroso el cobarde solamente,
á todo el mundo tiene por valiente;
el hablador, en serlo confiado,
á qualquier hombre rinde por callado,
pues del fiar intenta,
y aun lo que tiene gran peligro cuenta,
creyendo hidalgamente, q̃ qual mudo,
el otro callará lo que él no pudo:
pues di, si el pensar bien de otro es grandeza;
qué gente puede haber mas de nobleza,
que gallinas, chismosos y habladores,
que á los demas los juzgan por mejores?

Fen. Ellas salen, retirate al momento.

Mor. No, q̃ para Enriqueta traigo cuento.

Salen las Damas.

Mil. En este estado me hallo,
considera, prima mia,
quando con sus rendimientos
de mis ansias se retira,
quantas veces mi eleccion
con mi grandeza se irrita?

Juan. Miren á qué alma tan tierna
se queja la pobrecita!

Mil. Qué dices? *Juan.* Quanto mi afecto
de tu pena se lastima.

Mil. De ti lo creo. *Juan.* Bien puedes,
que soy yo muy compasiva.

Fen. Este libro, con Morgan
ahora Enrique te envia.

Juan. Será el que yo le pedí.
En él viene alguna cifra, *ap.*
para escribir ingenioso,
pues en un libro se mira,
que hay palabra para todo
quanto quisieren que diga
un papel, y á la que quiere
que hable conmigo, de tinta;
como que cayó en descuido,
le pone una tilde encima,
y entresacando palabras
de tantas hojas distintas,
que son las que trae dobladas,
para nuestro intento unidas,
van formando otra razon:
las letras grandes explican
tambien desta farsa todas
las personas conocidas,
como la R. grande al Rey,
la D. el Duque significa;
y asi todas las demas,
que de puntos se salpican,
con que puede uno ó mas libros,
ir, y venir sin malicia;
como que sus versos leo,
quiero ver lo que me avisa,
juntando palabras sueltas.

Mil. Morgan, por qué te desvias?

Morg. Porque quiero hablarte aparte.

Mil. Di, pues está divertida
Juana en el libro. *Lee Juan.* Mi bien,
mucho el temor me fatiga
de lo feliz que me has hecho,
con permitir mis visitas
de noche, que la fortuna,
para despertar su envidia,
no halla en los amantes mas
enemigo que la dicha.

Fen. Eso es leer, ú hojear?
pues pasando tan apriesa
las hojas vas? *Mil.* Qué me cuentas?

Morg. Lo que vieron estas niñas,

que

que son niñas de mis ojos
parleras de quanto atisban.
Lee Juan. Digalo el que nuestro mudo
hoy escuchó, que Fenisa
contando estaba á Ricardo.
Fen. Valgame Dios! qué me mira?
por aqui anda ya el diablo,
toda el alma me tirita.
Lee Juan. Que tu, mi cielo, estas noches
te habias quedado vestida,
y que con un hombre hablabas,
que ella, en fin, no conocia:
mira como estará el Rey,
y como estará mi vida;
ya no hay mas hojas dobladas.
Ha, cielos! qué en su familia
alimente uno á su costa
sus mayores enemigas!
Fen. Qué es lo que sientes, señora?
Juan. Vén acá, á quien le decias
hoy, que hablo yo con un hombre
de noche á deshoras? *Fen.* Chispas:
y eso hojeabas? *Juan.* Vive el cielo,
traidora, vil, mal nacida,
que has de morir á mis manos.
Fen. Que mis pies no lo permitan
he menester; á encerrarme
voy huyendo de sus iras:
las hojas dobladas hablan?
Aqui hay gran hechiceria. *Vase.*
Juan. Con la vida ha de pagar
sus traiciones. *Mil.* Oye, prima,
mis dichas, pues tu amistad
dellas tanto participa,
que hasta que tu las aplaudas
no puedo llamarlas mias.
Jua. Pues qué hay de nuevo? *Mil.* Morgan
dice, que Enrique tenia
sobre un bufete una carta,
á quien á responder iba:
quando pidió de beber,
suele á servir muy apriesa,
atento Morgan entonces,
y entre tanto que bebia,
leyó acaso, que empezaba:
ya pudo mi amistad fina
sacarte perdon del Rey;
y luego pasó á la firma,
en que halló, tu hermano el Conde,
sin que pudiese su vista
comprehender mas, porque Enrique
acabó de beber: mira
si fue cierto lo que acá
la interior astrologia
del pecho, á ocultos presagios
tan mudamente media,
que quanto palpita anuncia,
quanto pulsa vaticina.
Toma, Morgan, por la nueva
este relox en albricias,
que es lo que hallé mas á mano.
Juan. Venturosa es la noticia:
Esto se va declarando, *ap.*
y este golpe necesita
reparo; avisar á Enrique
quiero ir, en la forma misma,
que él me escribe: amor, no dexes
vencer tu soberanía
de la fortuna, que adversa,
en tu imperio introducida,
para ser sucesor suyo,
los triunfos tuyos te quita. *Vase.*
Mil. Toma el relox. *Morg.* No, señora,
porque es tanta la hidalguia
de mi natural parlero,
que tan solo al gusto aspira
de aquel hablar por hablar,
que se malogre, si pica
en interes, porque entonces
no es chisme, sino codicia:
con que me oigais me contento,
que el gusano me pellizca
de la conciencia acá dentro,
y conozco, que aunque diga
quanto sé, segun mi genio
en esto se engolosina,
no hago merito, en que pueda
llevar alhaja tan rica,
y asi el alma es lo primero.
Mil. Toma, que en vano porfias.
Morg. Protesto, que tu me das
la alhaja, sin que yo pida
data de usura, sino
que es por galanteria. *Toma el relox.*
Nis. Como el socarron le toma,
fingiendo con picardia,
que le rehusa: Morgan,
muestra. *Morg.* El es de campañilla,
y no de muestra. *Nis.* En mi mano
le quiero ver. *Morg.* Yo en la mia,
que señala, mas no da.
Nis. Pues qué de mi no confias?

Morg. No, amiga, porque un relox
nunca fue alhaja de lindas,
que amenaza por minutos
la hermosura mas pulida,
como uno que pasa, pues
darte asi no es bizarria,
quien á su costa en tu muelle
te esté tasando la vida.
Mil. Con una industria á escribirle
voy, diré que conocida
su persona está, y que el Conde,
su hermano, asi nos lo avisa;
puede ser que se declare
con esto: amor, no te rindas,
pues ya á mas noble eleccion
el influxo te destina. *Vase.*
Salen el Rey, Ricardo y Zerbin, el Rey con la liga, y la lamina.
Rey. Notable pena me has dado.
Zerb. Aqui, orejas, prevenidas
os he menester, mas largas,
que de un vecino que atisba.
Mor. El Rey viene, yo me escapo. *Vase.*
Rey. Qué Juana de mi se olvida
por otro, y no por sí, cielos!
Ric. Esto me contó Fenisa.
Rey. Y quien juzgas tu que sea?
Sale Enr. Mal descansa una fatiga,
por ver al Rey con Ricardo,
mis sospechas resucitan;
y pues los sigue Zerbin,
él me dirá por la cifra
á lo lejos quanto hablaren.
Ric. Señor, si es que mi malicia
se ha de creer, que es Enrique
juzgo. *Zerb.* Tén, lengua maldita,
que ya para lo que cortas,
en su garganta te afilas.
Rey. Un hombre particular
á tan alto asunto aspira?
Y ella le admite? *Ric.* Señor,
esto mi discurso indicia,
no solo de la asistencia
á su casa tan continua,
sino de tan recio empeño,
como con el Duque hacia,
sobre aquel retrato, y ver
que le erró. *Rey.* No me lo digas,
que desde entonces está
mi estimacion con él tibia;
y no fue acaso el errarle,
no sacando parecida
la copia, quizá por zelos,
que de su mano tenia;
que otros pintan como quieren,
y él no quiere como pinta.
Enr. Que hablan Ricardo, y el Rey
diré á Zerbin, pues me mira.
Zerb. Responderéle, Ricardo
Señala la cabeza, la boca, y la frente.
dice al Rey (aqui nos pringan)
como Juana, y tu os quereis.
Enr. Puede haber mayor desdicha?
Ya todo se sabe. *Zerb.* Y qué,
Ha señalado el pecho, la boca, y la frente, la cabeza, el dedo del corazon, el indice, y la corbata.
(Valgame Dios! se me olvida,
que seña es la de la noche:
mas ya la sé, la mexilla)
y que ella de noche te habla.
El dedo del corazon, la mexilla, el indice y la boca.
Enr. En fin, todo se averigua:
amor, en gran riesgo estamos.
Rey. Enrique alli se divisa,
no quiero que algun extremo
al verle, quizá desdiga
de mi grandeza, detenle,
que yo en esa galería
un breve rato estaré
con las Damas en visita:
mudo, sigueme. *Zerb.* Ba, ba. *Vase.*
Ric. Por qué, Enrique te desvias?
Enr. Caballeros, como vos
señor Ricardo, no estilan
asegurar á los Reyes
en duda alguna noticia,
que sea en daño de tercero,
y la gracia mas valída,
debe tener las palabras
junto al poder muy medidas.
Ric. Por qué lo decís? *Enr.* Lo digo,
por lo que ahora al Rey deciais,
asegurando imprudente,
que yo á la Condesa servia,
y que de noche la hablaba.
Ric. Estatua he quedado fria: *ap.*
acabando de hablar solos
el Rey, y yo, no imagina
el alma, como pudiese
él saberlo tan apriesa.

Enr.

nr. De mi, que digais, no importa,
pues todo pára en mi vida;
pero en quanto á la Condesa,
infame será quien diga
cosa, que desdecir pueda
de su opinion pura y limpia,
y yo sabré castigarle.
ic. A tanta descortesia
no hay otra respuesta. *Enr.* Asi
desatenciones castiga
mi acero. *Sacan las espadas.*
Salen el Rey, Juana y Zerbin.
ey. Tened: qué es esto?
qué este arrojo se repita
aqui otra vez? porque entonces
mi colera no os fulmina;
consequencia á la segunda
fue la primer osadía.
ian. Todo es sustos, todo es penas. *ap.*
nr. Si yo te ofendí, exercita,
señor, en mi tus rigores:
descomponer determina *ap.*
mi industria esta confianza,
que contra mi se conspira.
A hablarme llegó Ricardo,
diciendo, que me queria
tanto, que aun no reservaba
de mi la mas escondida
confianza vuestra; y que
esta verdad atestigua
ver, que ahora le dixisteis,
con misteriosas enigmas,
que tengo correspondencias
con una beldad divina,
en quien lo mucho de hermosa
excede al blason de esquiva,
de noche hablando con ella,
y escribiendola de dia,
que matarme le mandabais,
i esto añadió, y corrida
ni lealtad, y mi nobleza,
le ver que en una accion misma,
lel decoro de una dama
una falsedad publíca,
y una indignidad de vos,
ntenté con saña impía
larle el castigo y la muerte,
aun entregar sus cenizas
uisiera al ayre, porque
e traicion tan atrevida,
orque no queden memorias,
no era bien dexar las mismas.
Zerb. Ha buen hijo! esa fue doble: *ap.*
con qué destreza está urdida!
Ric. Señor, si creeis:- *Enr.* Pues yo,
de qué saberlo podia,
si vos no me lo contarais?
Ric. Yo? *Rey.* Callad, que mas se irrita
mi venganza: á los dos presos
lleven por la groseria
de sacar aqui las armas.
Juan. Mi rendida fe os suplica,
señor, que á los dos mi casa
hoy de sagrado les sirva.
Rey. Aunque vuestra casa fue
principalmente ofendida,
y en ella yo; con todo eso
le servirá á mi justicia
de un duelo vuestra presencia:
tu, Ricardo, te retira
de aqui, que quien traidor falta
á su Rey, que dél se fia,
no es digno de su presencia.
Ric. Mi vida veré perdida,
ó asegurado tu engaño.
O, superstición maligna!
aqui hay secreto grande, *ap.*
que averiguar necesita
mi industria, porque sino
la gracia del Rey peligra. *Vase.*
Enr. A un traidor, un alevoso. *ap.*
Zerb. Bien despachado le envia.
Rey. Hoy los dos, por vos, señora,
el indulto han merecido;
y mas el lograrle ha sido
siendo vos la intercesora,
pues el alma, que os adora,
sentir debe en pena igual,
que sea condicional,
y no comun el desden,
y que podais querer bien
á quien os pinta tan mal.
Juan. No os entiendo. *Rey.* Yo bien sé,
que ya os he entendido á vos.
Enr. A solas hablan los dos,
que la dice el Rey diré.
Señala la cabeza, el dedo del corazon, la boca, y frente.
Juan. Con ello responderé;
que él tiene zelos de ti.
Señala la cabeza, frente, abanico, y dedo indice.

Rey.

Rey. Que os desvelais mucho oí.
Juan. Y que por la noche hablamos.
Señala la cabeza, mexilla, y los dos dedos en la boca.
Señor, esta que tratamos
no es platica para mi:
fineza quereis hacer
la ruina del sospechar;
de quando acá el infamar
fue credito del querer?
Cómo llegais á ofender
vuestra Magestad asi?
No estamos, señor, aqui
en tal platica los dos,
que pensais muy mal de vos,
y mucho peor de mi:
á Morgan voy á entregar *ap.*
el libro ya respondido. *Vase.*
Zerb. El Rey quedó suspendido.
Rey. Qué mal hice en declarar
zelos, hasta averiguar
á quien mi enemiga bella
ama, y por quien atropella
tantos decoros reales,
que en zelos tan desiguales,
antes me ofendo yo, que ella!
Enrique? *Enr.* Aqui retirado,
señor, esperando estoy,
que de mi fe quedes hoy
seguro, no habiendo hablado
lo que de mi te ha contado.
Rey. Pues tu, di, te has persuadido
á que yo hubiese creido
tal colera? *Enr.* A mi me pesa:
pues qué dirá la Condesa,
de zelos, que le has pedido?
Rey. Yo zelos? *Enr.* Zelos, señor.
Rey. Hombre, estás fuera de seso?
y aunque yo lo estoy, confieso; *ap.*
porque él no pudo en rigor
oirlo: Loco, traidor,
tu te atreves de esa suerte
á decirlo? *Enr.* Trance fuerte!
Rey. Pues di, si yo lo estuviera,
qué distancia, aleve, hubiera
de mis zelos á tu muerte?
Pues si se queja el poder
quando se llega á irritar,
aun juzgo, que el castigar
es primero que el saber.
Enr. Señor, á mi parecer,
zelos fueron los que oí;
mas quizá mal lo entendí.
Rey. Aqui hay ardid, vive Dios;
pues lo que hablamos los dos
no pudo oir desde alli;
prevenida la criada
está, y por el interes,
para averiguar quien es,
me dará esta noche entrada.
Tu osadia anduvo errada
en haberse declarado;
porque al poder enojado
lo mas dificil ha sido
el darse por entendido,
y tu lo has facilitado. *Va*
Enr. Valgame el cielo! *Zerb.* Yo aqui
contigo hablar me resuelvo,
pero á ser mudo me vuelvo,
que viene Morgan alli.
Sale Morg. Todo el dia ando tras ti.
Enr. Espera, espera. *Morg.* Ya espe
Enr. Qué es esto?
Morg. Un amo hechicero
me obliga asi á santiguarme
todo entero, por librarme
de su demonio embustero.
El libro otra vez te envia
la Condesa, mi señora,
que este no le gusta ahora,
segura está la fe mia,
pues el diablo se desvia
de las cruces del vestido.
Enr. Muestra. *Mor.* Brava industria ha si
traer las cruces sembradas.
Enr. Otras hojas trae dobladas,
veré lo que ha respondido.
Lee. Mi bien, esta noche espero,
porque remedio busquemos,
no solo por los extremos,
que ha de hacer el Rey severo,
sino porque lisonjero
ese criado villano,
que de un Conde eres hermano
á Enriqueta le contó,
porque ella un relox le dió.
Morg. Veré á que hora está la mano
Enr. Culpa es mia, pues sufrí
tanto á un picaro hablador:
muere, villano traidor.
Saca la espada, y dale.
Morg. Ay desdichado de mi!

Señor, en qué te ofendí,
que asi me has descalabrado?
Dos cuchilladas me has dado.
nr. Quando ocultar me prevengo,
que un hermano Conde tengo,
á Enriqueta le has contado.
org. Jesus! el diablo no ha huido
de la cruz? No es diablo ya:
Mudo, tenle, bueno está,
la cabeza me has rompido,
no estés mas enfurecido.
erb. Menester es ya mediar;
ba, ba. *Enr.* El relox me has de dar.
orh. Hasta eso el diablo contó?
Mas hablador es que yo,
por él me quiero trocar:
vesle aqui.
nr. Donde está? *Morg.* Aqui. *Dasela.*
nr. Mudo, á este por hablador
se le quita mi furor,
y por que callas, á ti
te le doy. *Daselo al mudo.*
org. Pues pese á mi:
con mi alhaja has de premiar,
que ese otro no sepa hablar?
r. Asi el mostrarte consigo,
quanto ganáras conmigo,
si aprendieras á callar. *Vase.*
org. Tu el relox me has de volver,
mudo; que no quiere dice:
ay hombre mas infelice!
á curarme he menester
ir, y podreis aprender,
criados, todos de mi:
por hablar se medra asi,
pues sin relox he quedado,
y me voy descalabrado:
desdichado hablador fuí. *Vanse.*

Salen el Duque y Nise.

q. Yo la noticia he tenido,
de que un hombre suele entrar
de noche, y averiguar,
si es verdad, ó no escondido
ha de estar; y asi, te pido,
que me abras.
. Sí haré, pues quando
no fuere yo de tu bando,
en qué pecho singular
hay valor para negar
lo que se suplica dando?
Yo la puerta te abriré,
puntual en obedecerte,
y tambien para esconderte
sitio oportuno tendré;
y á Dios, no nos vean, porque
lo sospecharán. *Vase.*
Duq. Amor,
suspende un poco el rigor,
en tanto, que mis desvelos
se averiguan, que estos zelos
van tocando en el honor.
En mi esta liga es baldon,
quando en todos honor fue,
pues por el Rey profesé
su Militar Religion:
diόla á todos por blason,
y á mi por oprobrio, quando
su dueño estoy adorando,
y ella misma, si lo atiendo,
mi casa va ennobleciendo,
pero mi amor enfadando. *Vase.*

Sale Juana con una luz.

Juan. Pues dexo cerradas todas
las puertas, y prevenidos
todos los inconvenientes,
dexadme, necios delirios,
pues pasais á ser dolores,
desde que sois vaticinios,
que empezar desde el temor
á inquietarse del peligro,
es anticipar los males
con ansia de resistirlos.
Por una noche no mas
que queda, ha de ser preciso
que le vean? Pues qué susto,
qué inconveniente prolixo
me está anunciando en presagios
el corazon á latidos?
Para ausentarnos mañana
llamo á Enrique: qué infinitos
sobresaltos, que nos cercan,
unos de otros producidos!
la desesperacion, solo
es quien puede hallar camino.
En este quarto, que está
tan apartado del mio,
y del ruido de la casa,
por ser del jardin vecino,
le quiero hablar, y estará
en sus quadros escondido
Enrique, pues tiene llave
de aquel secreto postigo:

tergo, ó no has de quedar vivo.
Rey. Qué es aquello?
Juan. Muerta estoy.
Enr. Dentro de casa es el ruido.
Rey. Aguardad, no os vais, que yo
lo veré. *Juan.* Solo os suplico,
señor, no salgais, no piensen,
que estabais aqui escondido.
Rey. Enrique está satisfecho,
de los demas imagino,
que no se os da nada á vos.
Enr. Ya se acercan á este sitio.
Salen riñendo el Duque y Ricardo.
Duq. Digo, que he de conoceros.
Ric. Con ese mismo motivo
os traigo á la luz. *Rey.* Qué es esto?
Duque, Ricardo, atrevidos,
reñis aqui?
Duq. El Rey; ya, cielos, *ap.*
ocioso es lo que averiguo?
Rey. Qué ha sido esto? *Ric.* Señor, hoy
Enrique os dexó conmigo
enojado, yo en venganza
de la falsedad, que os dixo,
averiguar este amor
tomé por empeño mio,
y de la misma criada,
que vos sabeis, me he valido,
que ignorando vuestro enojo,
juzgó que entraba mi brio
á guardaros las espaldas;
un bulto al entrar distingo,
y empeñado en saber quien
sea este galan escondido,
embestí con él. *Duq.* A tiempo,
que yo, quizá movido
del mismo intento, con mas
razon buscaba ese indicio,
tambien lo mismo intentaba
saber, con que conducidos
de un mismo fin, las razones
trasladamos á los filos.
Rey. Bien está: pues qué licencia
tienen vuestros desatinos
de averiguar aqui zelos,
sabiendo que yo aqui asisto?
Ric. Señor. *Duq.* Qué él asiste aqui, *ap.*
qué mas claro ha de decirlo?
Rey. Fenisa, llamame á quantos
á acompañarme han venido,
pues sabes donde quedaron.
Fen. Temblando, señor, te sirvo. *Vas.*
Rey. Yo despreciado? No siento
tanto haberme visto abatido
lo Rey, como lo galan:
qué hará si á lo presumido
de qualquier hombre se junta
de la magestad lo altivo?
Salen los Soldados.
Sold. Qué es, señor, lo que nos mandas?
Rey. Que á los tres lleveis os digo
á Palacio, bien guardados:
y en habiendo amanecido,
señoras, tambien espero,
porque habeis de ser testigos
de como venga Eduardo,
el haberle competido;
que espero que al mundo quede
memoria de su castigo. *Va.*
Duq. Esto sin duda es por mi:
hados crueles é impios,
por qué me guardais la muerte,
si contra mi fama vivo? *Va.*
Enr. Contra mi, fortuna airada,
vas esgrimiendo el cuchillo,
pues pasa por delinquente
en mis ansias lo influido. *Va.*
Mil. Cielos, ni sé lo que temo,
ni aun sé lo que ha sucedido! *Vas.*
Juan. Cielos, donde van mis penas
de un abismo en otro abismo? *Vas.*
Sale Zerb. Gran cosa es tener relox!
toda esta noche pasada
con el ruido del volante,
no solo me despertaba,
pero ya con darle cuerda,
ya con mirar si se pára,
ya si anda bien con el otro,
y ya en que ocasion se atrasa,
aun no he pegado mis ojos;
que haya quien tenga esta maula?
que es para cuenta engañosa,
y enfadosa para alhaja;
vamos á Palacio en fin.
Sale Morg. Al mudo atisbando anda
mi valor, pues aunque tenga
la cabeza entrapajada:
y aunque haya menester unos
remiendos de calabaza,
yo he de cobrar mi relox,
y pues él no trae espada,
y yo sí, puesto que ahora

le

le voy cogiendo de espaldas,
quien da luego, da dos veces:
zas, zas.
Dale con la espada, y vuelve Zerbin.
Zerb. Ha traidor, canalla!
ay pobre de mi que hablé!
Morg. Como, qué los mudos hablan?
Sin duda tu eres el diablo,
que quanto yo digo parla;
dexa, ladron, mi relox,
ó te esconderé en la panza
el letrero de esta hoja,
y haré de tus tripas vayna.
Zerb. Toma, Morgan, el relox,
pero por la Virgen santa,
que á nadie digas que hablé.
Morg. En vano en eso te cansas,
que no perdiera yo el gusto
de decirlo á quantos pasan,
si me dieras mas reloxes,
que puede haber de aqui á Francia,
vén á Palacio conmigo.
Zerb. Mira. *Morg.* Son escusas vanas.
Zerb. Pues mira, que á tu amo sirvo,
callalo. *Morg.* Miren, que tacha
el ser de mi amo el secreto
le da otro tanto de salsa.
Zerb. Llevóselo todo el diablo.
Morg. Aqui sale el Rey, tu calla
hasta que lo diga yo.
Zerb. Descubrióse la maraña.
Salen el Rey, el Duque, Ricardo y Enrique, y todas las Damas.
Jan. Temblando á sus ojos llego.
Duq. O, quanto la vista airada
de un Rey pone horror!
Enr. O quanto
su semblante me acobarda!
Rey. Enrique, toda la Corte
presente está convidada
á ver tu castigo: amor, *ap.*
mira que el poder se ultraja
con sus victorias, si fuiste
pasion, ya has de ser hazaña;
el haberme competido
pidiendo está mi venganza.
Enr. Injustamente, señor,
competencia tuya llamas
el rendimiento, si oiste,
que mi lealtad inventaba
vencerse, por si cediendo
á tu respeto mi dama.
Rey. En eso me competiste,
no en quererla, no en amarla,
que para eso en su hermosura
tuviste la misma causa
que yo, y aun sin la disculpa
de aquella real constancia,
que nada el animo inmuta
en las pasiones humanas:
el amor y la fortuna,
respetando los Monarcas,
lo que el muy diestro que juega
con un Principe las armas
hace, es, que para mostrar
quanto su poder alcanza,
y por donde herir pudiera,
si con otro batallára,
no executa las heridas,
solamente las señala.
En quererte vencer tu
me competiste, ignorabas,
que la mas heroyca accion
queda siempre reservada
para el pecho mas heroyco?
Bueno fuera que contáran,
que tu te venciste á ti,
y yo no pude, y quedáras
tu con la gloria de haber
hecho la accion mas hidalga.
Los Reyes son Reyes siempre,
y las acciones mas altas,
al mayor poder las tiene
el destino decretadas:
vencerse es lo mas dificil,
y gloria mas soberana
es, vencerme yo que tu,
pues es, si bien lo reparas,
mas dificil la victoria,
que al mayor poder contrasta.
Rey es quien á sí se vence,
y no el que á los otros manda,
que el valer contra sí mucho,
es mas digno de alabanza
en los hombres; pues por qué,
ambicioso, imaginabas
usurparme tu una gloria,
por dexarme una esperanza?
Este tu delito ha sido,
que de castigar hoy trata
mi grandeza, y no mi enojo,
explicandose mi saña,

con hacer hoy beneficios,
á quien hacer intentaba
á mi fama tal injuria;
porque no hay mayor venganza
para una ingrata nobleza,
que convencerla de ingrata.
El tiempo que libres fuimos,
amé, serví, y quise á Juana
con la libertad cortés,
que permite nuestra patria:
y no siendo justo á un Rey,
origen de quien dimana
toda nobleza, ofender
la suya, ni aun con las ansias;
solamente he de acordarme,
que la quise para honrarla:
pues quien debe honrar á todos,
qué debe hacer con quien ama?
Traedme una liga aqui,
de qu'en penda la medalla
de San Jorge, porque Enrique,
quando con Juana se casa,
hecho de mi mano quede
Caballero de la Banda,
que en honor de su muger
instituyó cortesana
mi atencion. *Duq.* Señor, qué dices?
quando no consideráras,
que la Condesa quedó
conmigo capitulada,
casarla con un Pintor,
á quien no hará repugnancia?
Rey. Enrique de Mongomerri
es de tan ilustre casa
como vos, y demas de eso,
por nobleza no bastaba
el ser de mi Xarretera?
Enr. Aun no acierto á hablar palabra
de confuso!
Sale el Criado con una banda.
Criad. Ya está aqui.
Rey. No es esa la que señala
mi afecto á Enrique, sino
la misma que el pecho esmalta
mio, ponedme á mi esa.
Quitase el Rey su banda, y ponesela á Enrique.
Tu, Enrique, llega y repara,
en que es la que te echo al cuello
la liga tan celebrada
de Juana, que restituyo
con tanto honor, gloria tanta,
y en ella pendiente aquella
joya suya; porque en arras
se la dés, y de esta accion,
á voces dirá la fama,
que no al traerla yo al cuello,
ni hacer de ella tanta gala,
ni el darsela á la Nobleza
por ilustre circunstancia,
sino el volverla á su dueño,
quando la miré casada,
es el aprecio mayor
del descuido de una dama.
Juan. Quien sino tu de sí mismo
tan alto triunfo lográra?
Morg. Señor, aun falta otra cosa:
saber que este mudo habla,
y que él parló quanto oyó.
Rey. Ya no importa. *Fen.* Tu contabas
quanto yo hablaba, traidor?
Zerb. Harto castigo me alcanza,
pues pierdo el ser sabandija,
cosa hoy de tanta importancia.
Duq. Pues, señor, con tu licencia,
perdida ya la esperanza
en Juana, pueda Enriqueta
restituir á mi casa
la sangre de vuestro tronco.
Mil. Feliz soy! aqui me valga
la cordura! *Morg.* Y aqui, puesto
que la Comedia se acaba,
y no hay que parlar en ella,
solo os contaré, que aguarda
á la piedad el ingenio,
que le perdoneis las faltas.

FIN.

Con Licencia. Barcelona: Por Francisco Suria y Burgada, Impresor, calle de la Paja.
A costas de la Compañia.